

La Maldición de los Lycans - Noche de aullidos Capítulos
1 al 9

J. D. AILÍN

*LA
MALDICION
DE LOS
LYCANS*

Noche de aullidos

Capítulo 1

La luna llena siempre me había resultado hermosa, apasionante. Ahora simplemente no puedo evitar mirarla con odio, como si todo fuera culpa suya; como si estuviera en su brillo el poder de frenar el estertor que me atormenta y, sin embargo, no hace nada para cambiar mi destino. Supongo que sólo me queda acostumbrarme a esta nueva vida, a esta nueva familia. El tiempo será el que logre sanar todas las heridas, sin importar qué tan profundas sean, hasta dejar solo las cicatrices. Y aunque esas marcas siempre estarán allí para recordarme cada detalle del pasado...no evitarán que siga siempre mirando hacia el futuro.

Capítulo 2

Prólogo

“Corre... corre...no te detengas ino mires atrás!”.

El ritmo cardíaco de la muchacha se aceleraba de forma desenfrenada, al punto de oprimir sus pulmones y dejarla sin aliento. Sus pies descalzos pisaban con torpeza la densa hojarasca del bosque, que crujía y se despedazaba bajo su peso. El viento, que soplaba tan gélido y punzante, hacía que sus ojos ardieran y su garganta se reseque con cada jadeo que escapa de sus labios. Pero no podía detenerse...no ahora, pues él era más rápido y más fuerte que ella, quien no disponía de arma alguna que la ayudara a defenderse de su acechante depredador.

A sus espaldas, un aullido agudo quebró el silencio nocturno cual relámpago en medio de una tormenta. La joven entró en pánico y las lágrimas empezaron a brotar a borbotones de sus ojos.

—¡No! —gimoteó víctima de su propio desconsuelo, mientras miraba de hito en hito en busca de un lugar donde resguardarse.

A pesar de la lóbreguez del paraje, logró divisar la entrada a una cueva y desvió su rumbo hacia ella. Era su último esfuerzo, sólo tenía que hacer reaccionar a sus agarrotadas piernas para que se movieran más rápido, e ignorar el hecho de que sus pies se hundían dentro de la húmeda tierra dificultando su huída. La criatura, hambrienta, la estaba alcanzando.

Alcanzó la entrada con una velocidad que ni ella se creía capaz de poseer y el impulso adquirido hizo que se precipitara hacia el interior rocoso y cayera de bruces, sobre unas gruesas y robustas raíces. Se agazapó en el recoveco más recóndito, aquel cuya oscuridad parecía infinita, e intentó recuperar el aliento.

Cerró sus ojos completamente embotada, cuestionándose si esa era su realidad, pues, hace apenas algunos minutos, recordaba estar disfrutando de su cumpleaños número diecisiete junto a sus padres.

“No es real...” intentó convencerse a sí misma; pero otro aullido erizó su piel, cual gélida caricia del viento, y no necesitó más pruebas para asegurarse de que el peligro era tan real como el suelo sobre el que se acurrucaba.

Capítulo 3

Capítulo 1

La zona de remolques era un espacio remoto que flanqueaba lo que alguna vez fue una extensa carretera, aquella que conectaba dos arterias importantes de la ciudad y que, por las noches, parecía ser tragada por la tierra. En medio de la explanada, las pequeñas casas rodantes se extendían en perfecta simetría, todas con sus farolitos encendidos alumbrando la entrada y sus llamadores de ángeles bamboleándose a merced del viento y emitiendo aquel apaciguador tintineo metálico. Si uno las observaba con detenimiento podría, quizás, distinguir leves diferencias entre ellas; sin embargo, para un ojo menos entrenado, cada casita era un calco exacto de la anterior.

Dentro de uno de esos endeble hogares, una familia de tres se reunía para degustar las delicias que padre y madre habían preparado. El aroma que se desprendía de la cacerola sobre la hornalla hacía que los estómagos rugieran y reclamaran más que de costumbre.

—Samanta... —Lilith llamó a su hija, asomando la cabeza a través de una cortina de algodón púrpura que delimitaba la habitación de la adolescente de la de sus padres.

— ¿Sí? —inquirió la joven, elevando la mirada desde el libro que descansaba sobre su regazo hacia su madre.

—La cena está lista —anunció la mujer, dedicándole una sonrisa dulce y cariñosa.

Samanta marcó la página de la novela que estaba leyendo, dio un salto de su cama y se calzó las pantuflas de forma atolondrada, antes de salir de la habitación tras los pasos de su madre.

En la estrecha cocina Joseph, su padre, removía con extremo cuidado el estofado que con tanto esfuerzo había preparado; no porque no supiera cocinar, sino porque conseguir todos los ingredientes no era tarea fácil, en especial para personas en ese estado de falencias. Pero aquel día era especial y ameritaba un poco más de sacrificio.

—¡Feliz cumpleaños! —la saludó él, completamente risueño al verla llegar a la cocina. Samanta se cubrió el rostro con ambas manos y soltó una pequeña risa, mientras sus mejillas pálidas se teñían de carmín.

—Pa...es la quinta vez que me saludas por mi cumpleaños —le recordó la muchacha, ya resignada y acostumbrada a aquel humor típico de su padre.

—Lo sé —admitió el hombre, de espaldas a ella mientras servía el humeante y apetitoso estofado en tres platos hondos. —Es que no se cumplen diecisiete años todos los días ¿eh?.

A él aun le costaba creer que su hija, su chiquita, estuviera alcanzando la adultez a pasos tan agigantados. De repente, aquellos lejanos recuerdos en los que se veía cargándola en sus brazos, enseñándole a andar en triciclo o leyéndole un cuento a la hora de dormir, acudieron al llamado de la melancolía paterna y lo rebosaron de una mezcla entre felicidad, orgullo y nostalgia.

Intentando no transmitir aquella mixtura de sentimientos encontrados, Joseph se giró con dos de los platos servidos y se acercó a la mesa para disponerlos. Sus ojos verdes, aquellos que su hija había heredado, parecían brillar con el entusiasmo propio de un niño que va por primera vez a la juguetería.

Samanta lo ayudó con el plato que faltaba y, finalmente, se dejó caer sobre la silla de madera; se quitó las pantuflas y, como acostumbraba a hacerlo, elevó sus piernas y las cruzó en forma de moño sobre la butaca. Su madre, quien no lograba entender cómo su hija estaba cómoda en esa posición, la miró con una ceja levemente arqueada en señal de desaprobación mientras ocupaba su asiento frente a ella.

Cuando Joseph se unió a ellas, los tres centraron toda su atención en aquel platillo que tanto se había hecho desear. El aroma de las especias le daba al estofado un toque antinatural, como si no existiera nada tan delicioso en todo el mundo; sin lugar a dudas, era la comida perfecta para un día de pre-invierno como aquel, en el que la escarcha empezaba a formarse en cada charco de agua y la nieve parecía querer hacerse presente en los festejos.

Durante los siguientes minutos lo único que se escuchaba en el remolque era la sinfonía de suspiros y de cubiertos chocando contra el fondo de los platos. Tal y como suponían, el estofado estaba increíblemente delicioso y logró dejarlos satisfechos tanto cuerpo como alma.

— ¿Me parece a mí o cada día te sale mejor? —le dijo Lilith a su esposo, quien se irguió con exagerado orgullo.

—Estás en lo correcto, cielo —bromeó él, antes de tomar la mano de su

mujer y dejar un beso en sus nudillos.

— ¡Esto es demasiado empalagoso! —se quejó Samanta, riendo entre dientes. —Mejor dejen espacio para el postre.

La joven deshizo su cómoda posición de indio y se incorporó para recoger los platos y llevarlos al fregadero. De espaldas a ella, Joseph aprovechó para robarle un beso a su esposa antes de que ésta se fuera a preparar el café y a servir el pastel que ella misma había preparado.

Fuera del remolque, el viento parecía adormecido pues apenas alcanzaba su caudal para acariciar suavemente los llamadores de ángeles. Samanta recordó que, cuando regresó aquella tarde de la escuela, el cielo estaba claro y despejado como el agua de una piscina, a pesar de que habían pronosticado la primera nevada de la época para esa madrugada.

Sin embargo, no existía pronóstico alguno capaz de augurar los desgraciados sucesos que harían de aquella noche imperturbable, una completa pesadilla...

Un alarido agudo quebró la inmutable paz que caracterizaba aquel humilde vecindario, haciendo sobresaltar a la familia. Madre, padre e hija se miraron inquietos, preguntándose, en silencio, qué pasaba fuera de la casa rodante.

—¿Qué fue eso? —susurró Lilith, asomándose a la pequeña ventana de la cocina en un vago intento por distinguir algo entre tanta penumbra.

—Parecía una mujer —meditó Joseph, debatiéndose entre si debía salir a ver o mantenerse alejado de los asuntos ajenos. Samanta, por otro lado, se cargó de un mutismo propio de un estado nervioso. —Me asomaré a ver qué sucede...

—No lo hagas —lo interrumpió su mujer, completamente atemorizada.

Pero otro grito, esta vez un poco ahogado, hizo que su corazón de ama de casa se detuviera por un segundo. Su esposo la miró a los ojos, con el semblante preocupado y, depositando una mano sobre su hombro, dijo aquellas palabras que ella tanto temía oír.

—Quédense aquí —zanjó, inmutable.

En el exterior, la luna apenas podía divisarse a través de los densos nubarrones de lluvia, ya congregados sobre ellos como si siempre

hubieran estado allí.

Joseph asomó primero su rostro y barrió el lugar rápidamente con la mirada antes de salir y cerrar la puerta detrás de sí. Intentando no pensar en el frío punzante que lo calaba hasta los huesos, tomó el farol, que colgaba sobre la puerta de su hogar, y dirigió su luz hacia la explanada, iluminándola en un recorrido de 180 grados. Los gritos habían cesado y ahora eran reemplazados por unos jadeos roncós y desesperados, de esos que no parecían salir de ningún ser humano, pero tampoco de una criatura que Joseph pudiera reconocer.

Con el corazón desbocado, apuntó el haz de luz hacia el lugar de donde provenían tales disonancias. Él no quería imaginar lo inimaginable; pretendía encontrarse con adolescentes jugando bromas pesadas, o una típica discusión hogareña. Pretendía encontrarse con cualquier cosa...menos con esa espantosa imagen.

A pocos metros de allí, el cuerpo de la mujer yacía sobre el césped húmedo. Su rostro estaba completamente desfigurado y bañado en sangre, al igual que la zona de su vientre y sus extremidades superiores. Su camisón de algodón estaba hecho jirones y los retazos de tela se desperdigaban por doquier. Y su asesino...una criatura de pelaje tupido y ojos amarillentos, se alimentaba de su carne, entre gruñidos y jadeos desagradables.

Joseph dio un paso atrás y el exabrupto hizo que chocara contra el mosquitero de la puerta, haciéndolo crujir de forma poco silenciosa. La criatura, advertida por la presencia del hombre, elevó su mirada feroz, enseñó sus ensangrentados colmillos lobunos y se irguió en posición de ataque, con el pelaje del lomo erizado.

Samanta y su madre no podían lidiar con tanta tensión y curiosidad; el silencio del hombre las desconcertaba y hacía que pegaran su oreja contra las paredes de chapa del remolque, intentando oír algo de lo que sucedía afuera. Entonces la puerta se abrió de par en par y él entró precipitado, cerró bruscamente y puso las trabas justo cuando algo de un tamaño colosal embistió la estructura metálica, haciéndola temblar con violencia y abollándola con tanta facilidad, que parecía hecha de mantequilla. Las mujeres chillaron, dominadas por el pánico y en un estado de shock que no la dejaba siquiera moverse.

—¡CORRAN! —bramó Joseph, bañado en sudor y tan pálido como la luna, recargado contra la endeble puerta —¡Hacia la ventana!

Madre e hija finalmente reaccionaron y no se detuvieron a pensar en las palabras del hombre, sino que directamente se precipitaron hacia la alcoba, la única con una ventana lo suficientemente grande para que pasara una persona de tamaño promedio. La mujer la abrió de par en par,

sintiendo como su corazón latía con fuerza dentro de su pecho; sus dedos, tan helados como estalactitas, temblaron al tomar la mano de su hija para ayudarla a trepar hacia la única salida disponible.

En la cocina, Joseph sostenía con todas sus fuerzas la puerta de chapa, aunque las bisagras habían empezado a ceder ante las embestidas de la bestia.

—¡JOSEPH! —lloró Lilith, trepada al alféizar de la ventana. Pero lo único que se oyó fue el ensordecedor aullido de un lobo, antes de arrancar la puerta de su eje y arremeter contra la primera de sus presas.

Joseph soltó un grito cuando la criatura se abalanzó sobre él y lo derribó en cuestión de segundos. Estirando brazos y piernas, intentó librarse de su atacante; pero al no tener chances de ganar la batalla, decidió contenerlo todo lo posible como para darle tiempo de huír a su familia. Mas su fuerza era sobrenatural, de una magnitud que ningún hombre podría tolerar, y su tamaño se asemejaba más al de un oso que al de un lobo; su hocico, húmedo y espeluznante, se cerraba y cortaba el aire con mordiscos feroces, intentando alcanzarlo...y cada vez estaba más cerca de hacerlo.

En la alcoba, Lilith miró a su hija con pavor y lágrimas en los ojos, al escuchar la guerra que se libraba en la cocina.

—¡Huye, Samanta! —le ordenó, soltando la mano que ella le extendía.
—¡Huye hacia el bosque y trepa el primer árbol que encuentres!

—¡Mamá! —chilló la menor, apretando torpemente los dedos de su madre en un fallido intento por retenerla. Pero ella se soltó y no dudó en volver a por su marido, no sin antes cerrar la ventana para que Samanta no pudiera regresar.

Capítulo 4

Capítulo 2

Samanta contuvo el aliento al escuchar las enormes pisadas aplastando hojas y ramas, justo fuera de la cueva donde se había escondido. Quizás era una mala jugada de su atemorizada mente, pero cuando todo está sumido en una profunda oscuridad, tan densa como un gran manchón de tinta, es muy fácil entrar en pánico.

Llevó las manos a su boca e intentó contener los sollozos, rezando internamente para que aquella alimaña no pudiera encontrarla. Pero era demasiado tarde...el instinto rastreador del lobo había dado con su presa; sabía que ella estaba allí, podía oler su dulce aroma y percibía el temor emanando por sus poros.

Pronto, la fetidez de la criatura invadió el claustrofóbico espacio de la cueva. Su hedor era una mezcla entre sangre y carne putrefacta y estaba cada vez más cerca; escabullía su trompa, larga y peligrosa, y contorsionaba sus labios enseñando unos gruesos y amarillentos colmillos que podrían destazar cualquier cosa a su alcance.

La muchacha tanteó el piso con sus manos y dio con una piedra bastante pesada, la cual aferró con todas sus fuerzas, como si con ello pudiera aferrarse a la vida misma. Esperó a que el lobo se acercara lo suficientemente y blandió su rústica arma con valentía, propinándole un golpe tan firme en la cabeza, que lo hizo retroceder aturdido. Sin embargo, lejos de espantarse, la bestia acabó por enfurecerse y arremetió contra ella, lanzando una mordida que alcanzó su antebrazo derecho, atravesó su carne y astilló los huesos en su interior, como si estuvieran hechos de un cristal muy frágil.

Samanta gritó de dolor e intentó inútilmente arrancar su brazo de las fauces del lobo, que ahora la llevaba a rastras hacia el exterior de la cueva. El sufrimiento era insoportable y la cegaba; podía sentir sus articulaciones cediendo ante el forcejeo y haciéndose trizas, emitían un desagradable "crack", similar al de las ramas secas rompiéndose bajo su cuerpo. Ella iba a morir, y eso ya no le preocupaba. Lo que en verdad temía era sufrir; temía ver a esa criatura alimentándose de ella mientras aún estaba viva.

"Por favor...por favor" le suplicó a su corazón, para que dejara de latir y acabara con ese martirio.

Entonces, cuando la joven había perdido todas las esperanzas, el sonido de un disparo reverberó en el bosque; las fauces del lobo, ceñidas sobre

su brazo, se despegaron y lo soltaron en cámara lenta; la criatura feroz cayó de bruces a su lado, emitiendo un último gruñido antes de fenecer.

Samanta elevó débilmente su cabeza, intentando distinguir algo en medio de la oscuridad. Sin embargo, lo único que alcanzó a ver antes de desmayarse, fue dos figuras humanas a varios metros de distancia y los vestigios humeantes de una escopeta que acaba de ser disparada.

Samanta despertó con el pitido agudo del agua hirviendo dentro de una tetera y abrió sus ojos lentamente, confundida y desorientada. Le tomó, incluso, varios minutos poder recuperar la visión por completo y distinguir el lugar que la resguardaba: una cabaña pequeña, hecha con madera, ladrillos y cemento. Notó en medio de la habitación una mesa redonda, con cuatro sillas simétricamente dispuestas a su alrededor y un rifle de caza, cual adorno, sobre ésta.

A pocos metros de distancia una mujer, cuyo rostro no logró distinguir, tomaba la tetera y vertía el agua caliente en dos tazas de porcelana. Samanta intentó incorporarse del sofá en el que estaba recostada, pero el dolor era demasiado intenso y la dejaba sin aliento.

Sus quejidos inevitablemente alertaron a la desconocida, quien se giró hacia ella y la observó con sosiego.

—Al fin despiertas —murmuró, en un tono dulce y cálido como la miel.

— ¿Dónde...?

—No te muevas demasiado, te dolerá más el brazo —le advirtió.

Samanta bajó la mirada a su brazo, el cual estaba firmemente vendado con gasas, y un dolor punzante le recorrió el pecho. Fue entonces que recordó todo lo sucedido: el grito fuera de la casa rodante; su padre saliendo a investigar; las embestidas violentas contra la puerta; a su madre soltando su mano y perdiéndose dentro del remolque...los ojos amarillos y feroces del lobo antes de atacarla. Soltó un gemido nostálgico y sus ojos se cristalizaron por las lágrimas, esas que empezaron a brotar entre sollozos de desesperación.

La mujer dejó la tetera a un lado y se aproximó a ella, arrodillándose a un lado del sillón donde la habían dejado descansando. Al fin Samanta pudo verla, aunque las lágrimas le dificultaban la visión. Tenía el cabello canoso, recogido en una cola de caballo; las arrugas dibujaban expresiones de tristeza en su rostro de finas facciones, aparentando unos cincuenta y pico de años; su piel era tostada y sus ojos de un color mezcla entre verde y ámbar, muy cálidos y bonitos, aunque no lograron calmar la

tensión que sometía a la muchacha.

—Tranquila niña... —susurró, sin saber cómo contenerla. —¿Cómo te llamas?

—Sa...Samanta —respondió ella, entrecortadamente, sintiendo una gran opresión en su pecho.

Unos pasos apresurados resonaron en el piso de madera y, al cabo de pocos segundos, una muchacha de piel canela y cabello azabache apareció en la cocina. Miró primero a la mujer hincada en el piso, luego sus ojos se clavaron en Samanta.

—Madre... —musitó.

—Layla, trae un vaso con agua, por favor —le pidió la mujer, apenas volteando a verla.

La joven resopló y fue por el agua, tomándose su tiempo en servirla y alcanzársela a su madre, mientras ésta ayudaba a Samanta a incorporarse en el sofá.

— ¿Quiénes son ustedes? —inquirió la muchacha, paseando su mirada de madre a hija.

Layla, quien la observaba reticente, le entregó el vaso a su madre, se cruzó de brazos y arrugó su nariz, como si algo oliera mal.

—Bebe —dijo entonces la mujer, entregándole el vaso de agua e incorporándose para sentarse en la esquina libre del sofá.

Samanta, un tanto aturdida, tomó el vaso con su mano sana y bebió el agua casi con desesperación, sin siquiera preocuparse por que su cabello rubio caía cual cascada sobre su rostro pálido; hasta ese momento no se había percatado de la sed que tenía.

—Me llamo Maude y ella es mi hija, Layla —explicó, entonces, la mujer.

—Te encontramos anoche en el bosque, veníamos persiguiendo al licántropo que te atacó.

— ¿Licántropo?

—Si...licántropo, hombre lobo, bestia nocturna, como quieras llamarle

—Maude se encogió de hombros y, a pesar de la mirada de advertencia de su hija, siguió hablando. —Somos cazadoras, pero no de esas que buscan ciervos o jabalíes...nuestra familia se dedica a cazar hombres lobo, en

especial aquellos que suponen un peligro para los humanos.

Samanta se quedó pasmada, incapaz de creer lo que la mujer le decía. Si bien anoche había sido atacada por un lobo de contextura física anormal, la posible existencia de tal criatura mitológica le resultaba una falacia de mal gusto. Maude se removió un tanto incómoda; no era la primera vez que tenía que explicarle a alguien sobre la existencia de los licántropos, y más de una vez había sido tomada por loca; su profesión siempre fue su propia condena de muerte.

—Los licántropos son seres humanos que llevan consigo una maldición inquebrantable —Maude hizo una pequeña pausa para quitarle el vaso de las manos a Samanta. Por la expresión de la niña, parecía que en cualquier momento iba a desvanecerse. —Con cada ciclo de luna llena, su cuerpo se transforma en el de un lobo y el instinto animal se apodera de ellos. Sin embargo, cuando amanece, regresan a su cuerpo humano sin recordar nada de la noche anterior.

La expresión de Samanta se transformó de desconcierto en desconfianza. Incluso la atravesó el pensamiento de que esa mujer tenía graves problemas mentales, pues tales criaturas no existían.

“Fue un lobo salvaje lo que me atacó” pensó para sus adentros, mientras escuchaba las palabras sin sentido de Maude. Aún así, la dejó hablar...le dolía demasiado la cabeza como para discutirle.

—Durante siglos se asoció ésta transformación a la brujería —continuó la mayor. —Se creía que si se capturaba a las sospechadas de ser brujas y se las incineraba vivas, su hechizo se rompería para siempre y los liberaría de la maldición. Hasta el día de hoy, se desconoce el origen de esas criaturas; no se sabe por qué o cómo surgieron, si fue producto de un hechizo o una abominación creada por la naturaleza. Lo que sí se sabe es que ellos aún están entre nosotros y hay que evitar que se sigan propagando.

La mujer de cabellos grises tomó una bocanada de aire como si, hasta el momento, se hubiera olvidado de como respirar. Los ojos verdes de Samanta le transmitían dolor, tristeza y desconcierto, una mezcla de sentimientos que había visto ya en muchas personas, pero que, sin embargo, nunca habían sido capaz de conmovirla de la forma que estaba conmovida ahora.

—Hubo una época en la que el brote se extendió por toda la tierra —continuó, tras un silencio que pareció una eternidad. —La infección se volvió masiva y miles de personas fueron afectadas. Algunos no pudieron lidiar con la idea de convertirse en alimañas violentas y se suicidaron; pero otros lo vieron más como una bendición que como una desgracia y decidieron aprovecharse de esa condición...se volvieron uno con el lobo y

atacaron las aldeas cercanas, acabando con cada ser vivo que se interpusiera en su camino.

>>La situación era grave; los licántropos tenían tal sed de sangre, que no les importaba asesinar a hombres, mujeres o niños. Los pocos sobrevivientes, aquellos que llevaban la historia a las ciudades para advertirles, eran tomados por locos y encerrados hasta el día de su muerte. Pero hubo un hombre, Griffith Simons, que no podía ignorar esos rumores; lo que fuera que haya atacado a esos aldeanos algún día iría a por ellos, así que debían estar preparados. Congregó a sus parientes y amigos de confianza, les explicó la situación y apoyó fervientemente las historias que muchos se negaban a creer. Como era de esperarse, muchos no le creyeron, e incluso se mofaron de él; los pocos que confiaron en su palabra, acordaron formar un grupo de cazadores e ir a investigar a las aldeas.

>>Finalmente descubrieron que sus temores eran ciertos: las criaturas cuadrúpedas estaban entre ellos y su manada crecía a pasos agigantados. No podían hacer nada para contenerlos...eran demasiados y acabarían con los cazadores en cuestión de segundos, así que se limitaron a actuar desde las sombras. Colocaron trampas en los bosques y los alrededores de la aldea que habían ocupado y, cuando pudieron atrapar a uno de ellos en su forma humana, lo capturaron y se lo llevaron a la ciudad para demostrar su existencia...

*"La dama de la noche,
rodeada de su lujo,
recorre las calles
con sumo dolor.*

*Su hijo está enfermo,
muerto su esposo,
ella vende su alma
y su corazón.*

*El gran Duque,
conmovido con su llanto,
le entrega a la dama
un ápice de ilusión.*

*La invita a su reino,
la adorna en joyas,
y a su hijo salva
de su propia perdición.*

*La dama de la noche sufre,
el Duque se aprovecha de su situación.
Su esposo, el muerto,
es el único que tendrá su corazón.”*

Los acordes del lute adornaban la ciudad con su encanto, precedidos por las prosas de un hombre de sesenta años. Don Gabriel era reconocido por los habitantes como el músico más hábil y de una imaginación imperturbable; no existía canción igual a la anterior, cada una era única en su manera.

Aquella tarde de verano, se encontraba en la plaza central brindando otra de sus presentaciones gratuitas. A su alrededor, hombres y mujeres, niñas y niños, se congregaron para escuchar, con inmensa atención, las historias que entonaba al son de su lute.

La plaza central era un pequeño parque, en forma ovalada, donde desembocaban las calles principales de la ciudad; en su centro se erguía una fastuosa fuente, construida siglos atrás por los esclavos del rey, demostrando que incluso lo más bello se consiguió con brutalidad. Los bancos de madera, dispuestos de forma simétrica y apuntando hacia la fuente, solían ser los primeros en llenarse. No obstante, esa tarde en donde el viento cálido soplaba parsimonioso, las personas preferían tenderse sobre el césped, quitarse los zapatos y compartir los tentempiés con sus vecinos próximos.

—Don Gabriel —lo llamó tímidamente una niña, aferrada a la mano de su madre. — ¿Puede tocar una canción donde haya piratas?

— ¡Ah! Claro, pequeña.

El hombre se acomodó en su butaca y rozó las cuerdas del lute con su pulgar, saboreando primero los acordes con los que adornaría su canción. Tras alguno segundos fabricando la melodía en su mente, empezó a recitar una nueva obra, dedicada a la niña que, con tanta amabilidad, se la había pedido. Pero sus versos quedaron en el aire, interrumpidos ante la llegada de un grupo de hombres liderados por Grifith Simons.

La caravana atravesaba la glorieta en silencio, precedida por un hombre encadenado en sus manos y pies. Los presentes advirtieron esa presencia y enseguida abrieron paso, algunos confundidos, otros indignados. No entendían lo que pasaba, pero nada justificaba que se lleve a una persona en esas condiciones.

— ¿Se han vuelto dementes o qué? —murmuró un hombre a su esposa, quien permaneció en silencio.

Grifith se negó a detenerse allí y a dar explicaciones a sus vecinos; sabía perfectamente que lo tomarían por loco y que no debía desperdiciar un segundo de su tiempo en intentar convencerlos. Así que se limitó a seguir su camino, directo hacia la casa del alcalde, donde pediría una audiencia con él.

El robusto alcalde los recibió en su hogar, clara estampa de la buena vida que se lleva al tener ese título. Sus ojos, empequeñecidos ante un rostro de tales magnitudes, se hicieron incluso más insignificantes al encontrarse con tal imagen.

— ¿De qué se trata todo esto? ¿Es un delincuente? —inquirió, arqueando sus cejas grises y pobladas.

—Este hombre es más que un delincuente, señor —respondió Grifith, dando un paso al frente. —Es un asesino, un ser despiadado que arrebató vidas inocentes por diversión.

— ¡Anciano pusilánime! —gritó el cautivo, sacudiéndose violentamente y enseñando unos colmillos extrañamente largos.

—Señor alcalde, este hombre es la prueba de que los hombres lobo existen, y que pronto vendrán a destrozar todo lo que conocemos...todo lo que amamos, tal y como hicieron con las aldeas Mreh y Kaaji...

— ¡Pero qué cosas dices! —lo interrumpió el alcalde, cruzando sus brazos sobre la sobresaliente barriga. —No existen tales criaturas.

—Existen ¡Las hemos visto con nuestros propios ojos! —aseveró Aryle, un hombre de honor a quien Grifith consideraba como un hermano.

—Señor —insistió Grifith, mirando al alcalde a los ojos con toda la transparencia que pudo. —Podemos demostrarlo...

—¿Cómo?

—Cuando haya luna llena, lo verá por cuenta propia. Hasta entonces, es mejor mantenerlo encerrado.

Capítulo 5

Capítulo 3

—Aquella luna llena marcó el fin de la humanidad, tal y como se conocía. El hombre se transformó en la criatura más temida, dejando en evidencia que no estaban tan a salvo como creían; luego fue acribillado por temor a que se suelte de sus ataduras. El pánico pronto se extendió entre los ciudadanos, de la misma forma que lo hace un virus contagioso, volviéndolos temerosos, desconfiados...violentos. Muchos hombres se unieron a los Cazadores para proteger a sus familias, decididos a cortar con el problema de raíz antes de que fuera demasiado tarde; otros decidieron empacar sus pertenencias y marcharse a otro pueblo, al más alejado que pudieran encontrar.

>>Los Cazadores, entonces, planearon una emboscada para atacar mientras los licántropos aún conservaran su forma humana. Sin embargo, no esperaban encontrarse con que los más longevos habían desarrollado una increíble fuerza sobrenatural. Muchas vidas se perdieron en aquella batalla, inocentes y no tan inocentes; algunos hombres lobo huyeron y, hasta el día de hoy, se los sigue buscando. No se sabe con certeza cuánto puede llegar a vivir un licántropo, pero existen pruebas de que son muchos más años de los que podríamos vivir nosotros, los humanos.

Samanta enarcó una ceja y paseó su mirada por el recinto. Cuando Maude terminó su relato y el silencio volvió a hacerse presente, carraspeó para aclararse la garganta. Encontrar las palabras justas para expresarse le resultó incluso más difícil de lo que pensaba, pues sus padres siempre le habían enseñado a ser cordial con las personas sin importar las circunstancias.

—Me resulta difícil de creer —dijo al fin, con una voz de ultratumba que no parecía ser la suya.

—No pretendía que me creyeras —confesó Maude, observando de reojo a su hija. Ésta, poseedora de una belleza indiscutible, entrecerró sus ojos de forma acusadora antes de dirigirse por primera vez hacia Samanta.

—No podemos tenerla aquí, madre —terció fríamente, en un tono poco amistoso. Samanta bajó aún más la mirada, cargada de una amalgama de sentimientos encontrados e ideas deshilvanadas que no tenían coherencia en su mente.

—Tenemos que ayudarla...

— ¡No voy a arriesgar mi vida por alguien que no conozco! —la interrumpió Layla, apretando los puños con fuerza.

— ¿Arriesgar tu vida? —inquirió Samanta, confundida.

Madre e hija se miraron, y en los ojos de cada una podía percibirse un velo de complicidad que cubría una parte de la historia.

—El licántropo te mordió y sobreviviste —afirmó Maude, mirando de reojo el brazo dañado de Samanta.

—Si, y les agradezco haberme salvado.

—Eso quiere decir... —musitó Layla — ...que ahora eres una de ellos.

El corazón de Samanta se detuvo por una milésima de segundo, y luego volvió a latir con fuerza, como si estuviera galopando dentro de su pecho. Si bien la historia de los hombre lobos y la maldición le había sonado a delirios, algo en el tono de voz de Layla hizo que, por un instante, se convenciera de su realidad

— ¿C...cómo?

—Hay dos formas de convertirse en licántropo: una es por herencia de los padres, la otra es por heridas producidas por otros de la especie —argumentó Maude. —Si logras sobrevivir a ellas, entonces...

—La maldición te acompañará por el resto de tus días —completó Layla, sin tacto alguno.

Samanta despegó sus labios atónita y sacudió su cabeza en negativa.

—No...

—Sí —afirmó Maude, posando su cálida mano sobre la rodilla de Samanta, intentando consolarla. Pero Samanta ya había pensado en lo impensable, y la sola idea la paralizaba.

—Entonces...¿Van a asesinarme?

Maude desvió su mirada, intentando evitar ese par de ojos esmeralda que la observaban fijamente; casi podía ver en ellos la desesperación de la joven y eso no facilitaba para nada la situación.

—Sólo si te conviertes en una amenaza —afirmó finalmente. No podían dejarla con vida si, por culpa de ella, el resto de la humanidad corría

peligro. —Pero quizás no sea necesario llegar a eso, Samanta, no si aprendes a controlar tu instinto durante la transformación.

Un bufido por parte de Layla borró todo ápice de esperanza, dándole a entender que era más probable encontrar una aguja de cristal en el océano; además, aunque Samanta lograra controlar su instinto depredador, enseñarle a hacerlo demandaría mucho tiempo y sería muy peligroso.

—Escucha, Samanta —continuó Maude —ya hemos hecho esto antes...ayudar a un licántropo. Va en contra de las reglas de los Cazadores, pero no es imposible —intentó animarla.

Samanta la miró a los ojos y, aunque percibió la sinceridad en sus palabras, las lágrimas de desesperación empezaron a brotar de sus ojos.

—Necesito encontrar a mis padres —susurró angustiada, limpiándose las lágrimas con la parte limpia de la manga de su pijama, lo único que conservaba de su hogar.

—¿Quieres contarme lo que sucedió anoche?

Samanta apretó con sus dedos el cobertor que la cubría y cerró por un segundo sus ojos; sus labios, tan pálidos como la luna, temblaron antes de empezar a hablar.

Le contó todo lo sucedido, desde que oyeron los gritos hasta que se escondió en la cueva. Maude, completamente horrorizada, se tensó durante todo el relato. Layla, por el contrario, se mantenía estoica cual estatua de cera.

—Pobre niña... —susurró la mujer, mirándola de soslayo. —¿No has sabido nada más de tus padres?

Samanta negó con la cabeza y nuevas lágrimas surcaron sus mejillas. La mujer, con su expresión arrugada, suspiró y posó su mano sobre el hombro sano de la niña buscando contenerla.

—Iré esta tarde a indagar —le aseguró para tranquilizarla. —No debes perder las esperanzas.

—No lo haré —musitó Samanta. —Gracias...

—Lo que queda es prepararnos para ésta noche —continuó la mayor, incorporándose trabajosamente del sofá. —El ciclo de transformaciones dura entre dos y tres días. La transformación sucede cuando la luna llena

alcanza el punto más alto en el cielo, luego del crepúsculo.

— ¿Eso quiere decir que me transformaré hoy? —saltó Samanta, atónita.

—Necesitabas pruebas ¿no? —Layla enarcó una ceja. —Con suerte, si lo recuerdas, para mañana tendrás todas las pruebas que necesites.

—Layla... —le reprochó su madre. Era consciente de que su hija era extremadamente desconfiada y que su tacto era prácticamente nulo...pero eso no le daba derecho a tratar así a Samanta.

—No tienen que hacer esto por mí —interrumpió Samanta, antes de que Maude regañara a su hija. Ambas voltearon a mirarla.

—Mi madre insiste en que debemos darle una oportunidad a los licántropos en vez de matarlos directamente —musitó, entrecerrando levemente sus ojos y dándole a entender que ella no secundaba las ideas de su madre. Dicho eso, dio media vuelta y se fue de la cocina, dejándolas a solas. Maude resopló.

—Disculpa a mi hija...a veces pareciera que no sabe lo que es la cordialidad.

Samanta se encogió de hombros, sin saber exactamente qué contestar. Por un lado entendía que, supuestamente, estaban dando asilo a una desconocida que estaba por convertirse en una bestia asesina; por el otro, le incomodaba demasiado sentirse tan poco bienvenida. ¿Qué habría hecho ella en el lugar de Layla?

—Deberías dormir un poco, Samanta. Te espera una noche larga...

—Dudo que pueda dormir —susurró ella, bajando la mirada. No sólo le dolía todo el cuerpo sino que noticias como tales le quitarían el sueño a cualquier persona.

—Entonces te traeré un calmante.

La mujer, consciente de los padecimientos de Samanta, le dio la espalda, salió de la cocina y se perdió en una de las habitaciones contiguas. A los pocos minutos, regresó con un calmante, volvió a llenar el vaso con agua y se aseguró de que la muchacha lo tomara antes de entregarle una de las humeantes tazas de té con miel que había preparado.

—Esto te ayudará a descansar. Prometo que cuando despiertes dolerá mucho menos.

—Gracias...

Los efectos del calmante, el cansancio y el té no tardaron en manifestarse. A los pocos minutos, los párpados le pesaban tanto que el esfuerzo por mantenerlos despegados fue en vano. Un torbellino de luces y sombras la fue envolviendo, pero no era la misma sensación que tiene uno cuando se desmaya, sino que era como un abrazo cálido que la acogía dulcemente...y ella se entregó por completo, quedando profundamente dormida.

—¡Ma!...Ya llegué. ¿Qué hay para comer?... ¿Ma?

La voz grave resonó en cada recoveco de la cabaña. El muchacho, de diecinueve años, entró arrastrando los pies y se quitó las botas embarradas en la puerta, dejándolas a un costado para no ensuciar el piso de madera, de lo contrario sufriría la furia de su madre.

No era normal que la casa se quedara a solas; generalmente siempre estaba su madre, en especial cuando él y su hermana mayor hacían viajes a la ciudad para ir al trabajo y comprar provisiones o balas para la escopeta. Sin embargo, al no recibir respuesta alguna, caminó directo hacia el refrigerador en busca de algo que saciara su apetito, encontrándose con una nota sujeta a la puerta con un imán.

“Tenemos una invitada, por favor se cortés. Volveremos para la hora de la cena. Te quiero.” citaba la conocida letra de su madre.

El muchacho enarcó una ceja y rápidamente barrió la habitación con la mirada, deteniéndose en el sofá contra la pared y sorprendiéndose al ver que, lo que él pensó que era una pila de frazadas, estaba literalmente respirando. Se acercó, entonces, caminando sobre las puntas de sus pies y observó a la joven dormida. Tenía la piel tersa y pálida; su cabello rubio se deslizaba sobre parte de su rostro y de sus labios escapaba un ligero y chistoso ronroneo que lo hizo reír. El sonido de su risa despertó a Samanta quien, al abrir sus ojos y encontrarse con el moreno, se sobresaltó.

—Shh tranquila —soltó el muchacho, extendiendo sus manos en señal de paz.

— ¿Tú quién eres? —lo interrogó ella, completamente a la defensiva.

—Creo que yo debería ser el que pregunte eso —ironizó él, cruzándose de brazos. Luego resopló, agitando levemente el cabello azabache que caía sobre su frente. —Soy Tristan, vivo aquí —entrecerró sus ojos, de un color verde oscuro, y observó por el rabillo que ella no tuviera nada punzante a

su alcance. Samanta se sintió tan avergonzada que su rostro adquirió rápidamente todas las escalas cromáticas del rojo.

—Lo siento, no sabía...

—Descuida —puso los ojos en blanco y se alejó de regreso al refrigerador. Samanta lo siguió con la mirada, reparando en lo alto y robusto que él era.

—Me llamo Samanta. Anoche tuve un...—dudó —accidente. Maude y Layla me encontraron y me trajeron aquí —explicó, viéndolo hurgar en la heladera.

—No sabía que mi madre y mi hermana hacían obras de caridad —rió él, mientras depositaba una fuente con pavo del día anterior sobre la mesa. Samanta resopló, disgustada por su tono burlesco, aunque no dijo nada. Entre las miradas asesinas de Layla y las bromas de Tristan, no sabía hasta qué punto ella era bienvenida en aquel lugar.

—Lo siento —se disculpó el muchacho, sintiéndose algo culpable por cómo había sonado su comentario. — ¿Tienes hambre? —preguntó, desviando rápidamente el tema.

—No —dijo ella, negando con la cabeza. Luego su estómago rugió de forma delatora, develando lo contrario. Tristan sonrió.

—Pues, avísale a tu barriga...parece no estar de acuerdo.

Pasadas las siete de la tarde, madre e hija entraron por la puerta de la cocina. Sus abrigos estaban cubiertos de nieve y escarcha, lo que denotaba el frío intenso que azotaba fuera del calor reconfortante de la cabaña.

— ¿Tristan? —llamó la madre, mientras se sacudía la nieve de las botas en la entrada.

El muchacho apareció, segundos después, y la ayudó a quitarse el pesado abrigo de piel. Layla, por su parte, ya se lo había quitado y se lo arrojó encima a su hermano, esbozando una jactanciosa sonrisa.

—Yo también te extrañé —musitó él, con el abrigo cubriéndole el rostro.

Layla rió y besó su mejilla al pasar a su lado. Maude miró hacia el sofá y, para su sorpresa, Samanta no estaba allí.

— ¿Dónde está Samanta? —preguntó, volviéndose hacia a su hijo.

—Le dije que se veía fatal y que debería ducharse —contestó él, con completa naturalidad.

— ¡Tristan! —lo regañó su madre, por encima de las risas de Layla.

— ¿Qué? Era cierto... así que le preparé el baño y le di algo de tu ropa, Layla —se volteó hacia su hermana y le sonrió de manera angelical. Layla, por el contrario, puso cara de disgusto, aunque se guardó los comentarios. Y en ese momento, su mirada se cruzó con la de su madre y su expresión se transformó en una mezcla de culpa y lástima.

—Fuimos a la casa de Samanta, a buscar a sus padres —murmuró Maude.

— ¿Y bien?

—Están muertos.

Capítulo 6

Capítulo 4

En el baño Samanta se debatía entre si debía quitarse o no las vendas ensangrentadas de su brazo. Por un lado, necesitaba asearse; por el otro, le impresionaba la sangre y no sabía con qué se iba a encontrar, aunque por la forma en la que el licántropo la mordió, le sorprendió que no le hubiera arrancado el brazo de un tirón.

Sin embargo, y para su asombro, cuando al fin se decidió por quitarse las vendas se encontró con que no había más que unas gruesas cicatrices en su piel. Ni sangre, ni carne arrancada, ni huesos expuestos, ni dolor...sólo una cicatriz.

Al salir de la ducha, ya limpia y relajada, se vistió con la ropa que Tristan le había ofrecido y se trenzó el cabello húmedo. Regresó, entonces, a la cocina, donde los murmullos de Maude y Tristan la hicieron detenerse.

—Anoche, ese desgraciado que venimos persiguiendo desde hace meses atacó el pueblo donde vive Samanta —explicaba Maude. —Asesinó a sus padres y a una vecina, luego la rastreó hasta el bosque. Si tan solo hubiésemos llegado antes, ella...

No logró escuchar el resto de la conversación pues el shock emocional fue tal que, por un momento, perdió el control de todos sus sentidos. Las palabras de Maude retumbaron en su cabeza, cada una más dolorosa que la anterior, hasta que el suplicio se volvió imposible de tolerar.

Samanta se llevó una mano al pecho y estrujó con sus dedos la tela del pulóver. A su alrededor, el pasillo de la cabaña se había transformado en un lugar oscuro y difuso, y el aire se había vuelto tan espeso que le costaba respirar.

Sus padres estaban...¿muertos?

Completamente desesperada, se precipitó hacia la puerta de la cabaña, la abrió de un tirón y salió disparada hacia el exterior, donde el viento helado le golpeó el rostro húmedo por las lágrimas. Necesitaba regresar lo antes posible a la zona de remolques para comprobarlo con sus propios ojos, pero ni siquiera sabía dónde estaba o hacia dónde debía dirigirse. Aún así escapó y echó a correr sobre la gruesa capa de nieve, hundiéndose con cada pisada como si la tierra intentase tragársela entera.

Para cuando la familia se dio cuenta de que Samanta había huido, ella ya se había alejado unos cuantos metros. Sentía la nariz congelada y los dedos de sus manos perdieron gran parte de la movilidad en tan sólo un instante...aún así ella siguió corriendo, a pesar de que el aire gélido cortaba su garganta cual navajas recién afiladas.

Como Tristan era el más veloz de los tres, fue el primero en salir a buscarla. Siguió velozmente sus pisadas, marcadas sobre la nieve de la explanada, en dirección recta y descendente. Frente a él, los vastos pinos del bosque parecían armar una barrera impenetrable, aunque, a medida que se acercaba, podía ver como sus troncos se separaban en senderos irregulares y turbulentos.

Las pisadas de Samanta desaparecieron ni bien se internó en el bosque, donde el colchón de hojas secas y ramas se mezclaba con la poca nieve que traspasaba la copa de los pinos. Tristan siguió en línea recta, esperanzado de que a la muchacha no se le diera por cambiar de rumbo. Para su suerte, logró divisarla a los pocos segundos y apresuró el paso hasta alcanzarla.

— ¡Samanta, detente! —le rogó, a pocos metros de distancia.

— ¡Déjame! —chilló ella, sin mirar atrás. Sentía sus piernas como gelatina y sabía que si se detenía ya no podría volver a correr.

Tristan aceleró hasta quedar a su lado. Rápidamente estiró su mano, la asió con fuerza del brazo y clavó sus pies en el suelo, obligándola a detenerse. Samanta trastabilló, pero él la detuvo con firmeza, evitando que cayera de bruces al suelo. La muchacha, completamente desolada, rompió en llanto e intentó apartarlo a manotazos, pero su cuerpo alfeñique no podía luchar contra la robustez de Tristan.

—Shh...traquila, sé cómo te sientes —susurró sofocado y empapado en sudor. Aflojó un poco el agarre cuando ella dejó de forcejear para soltarse.

— ¡¿Cómo podrías saberlo?! —le recriminó ella, en completo estado de histeria e intentando recuperar el aliento.

Lentamente, Tristan la fue liberando de su agarre rogando que a ella no se le diera por volver a huir. Se separó algunos pasos, la miró a los ojos y luego tomó los bordes de su remera para levantarla, a pesar del frío invernal, por encima de su vientre. Allí, justo debajo de sus costillas izquierdas, una cicatriz similar a la que ella tenía en el brazo parecía delatar un pasado terrible. Samanta se cubrió la boca con las manos, en

completo estado de estupefacción y retrocedió un paso.

—Tú...también eres —Tristan asintió y volvió a cubrirse con la remera.

—Sucedio hace tres años —hizo una breve pausa para tomar aire y luego continuó. — Era mi tercer luna llena como Cazador. Mi familia y yo habíamos logrado alcanzar y acorralar al licántropo que perseguíamos, íbamos a ejecutarlo. Nuestras armas apuntaban todas a su cabeza cuando un segundo hombre-lobo salió de la nada y nos atacó a mi padre y a mí; caímos debajo de él y empezamos a forcejear. Escuché los disparos a lo lejos, pero estaba demasiado aturdido, no podía ver ni pensar en nada que no fuera luchar con todas mis fuerzas. El muy maldito me mordió...sus fauces se cerraron debajo de mis costillas y me quitaron el aliento, luego perdí la consciencia—explicó, con un dejo de nostalgia en su voz.

Samanta lo contempló afligida, sin saber qué decir o hacer al respecto. Se abrazaba a ella misma para cubrirse del frío e intentando calmar los espasmos de sus músculos. Él comprendió su silencio y decidió seguir con su relato.

—No sé exactamente lo que ocurrió después, sólo sé que mis padres lograron reducir a uno y el otro huyó. No sé ni siquiera cómo es que estoy vivo...

—Estás vivo porque actuamos rápido—Maude llegó al claro del bosque seguida por Layla, ambas jadeando y empapadas en sudor. Había escuchado las últimas palabras de su hijo y supo, enseguida, que estaba hablando de aquella fatídica noche. Tristan bajó la mirada a sus pies, cargado de una culpa inmensurable. —La mordida había sido tan profunda que casi alcanzó a perforarte el pulmón izquierdo. Perdías demasiada sangre...así que tu padre decidió hacerte una transfusión directa con su propia sangre.

Durante esos tres años, Tristan no se había atrevido a preguntar lo que había sucedido esa noche. Era más simple así...era menos doloroso si imaginaba que siempre había sido un licántropo. Además, odiaba ver esa expresión en el rostro de su madre, motivo suficiente para no hacerle más preguntas.

—Fue una noche difícil...creímos que te habíamos perdido —admitió la madre, envejeciendo varios años en tan solo segundos. Se acercó a su hijo y lo abrazó con fuerza, como si temiera que fuera un fantasma a punto de desvanecerse. —Una desgracia con suerte, porque la sangre de tu padre te mantuvo con vida mientras el resto de tu cuerpo sanaba. La licantropía ya era parte de ti, nos guste o no...y estabas vivo gracias a

ésta.

Samanta se miró el brazo como acto reflejo; ahora entendía cómo era que sus huesos habían sanado tan rápido, dejando apenas una cicatriz en su piel. Recordó que Maude le había dicho, esa misma mañana, que ya habían ayudado a un licántropo y empezó a atar los cabos sueltos: estaba hablando de su hijo, Tristan.

Sin embargo, aún había algo que a Samanta no le cerraba, algo que no se atrevía a preguntar directamente.

— ¿Qué pasó con tu padre? —susurró, mirando a Tristan con ojos enrojecidos e hinchados.

—Yo lo maté...una noche de luna llena en la que logré escapar de la jaula donde me encerraba antes de la transformación —Tristan apretó los puños con fuerza y enrojeció de furia y odio hacia sí mismo. Su confesión hizo que Samanta diera un paso involuntario hacia atrás, lo que sólo logró hacerlo sentirse aún peor.

—No fue tu culpa —insistió su madre, mirándolo con angustia.

—Si lo fue, sabes que sí. Lo que siento en mi interior es algo horrible, algo que jamás me va a abandonar. Hubo, incluso, varias ocasiones en las que intenté quitarme la vida. Pero luego me dije que no podía abandonar a mi madre y a mi hermana, que debía enfrentar la situación y seguir adelante. Fue esa voluntad la que hizo que, poco a poco, pudiera ganar la lucha contra la maldición... —se acercó a Samanta y posó una mano sobre su hombro; ella tembló ligeramente y elevó el rostro hasta que sus miradas se cruzaron. —No estás sola... —susurró.

—Lamento mucho lo que ha pasado —respondió.

—No es tu culpa, Sam.

—Aun así lo...

Sus palabras quedaron atoradas en su garganta cuando una fuerte punzada de dolor le atravesó la columna vertebral, paralizando por completo sus terminaciones nerviosas. Tristan dio un paso atrás, atónito, y su mirada rápidamente se posó en el cielo nocturno. Allí, a través del espeso celaje, la luna llena acababa de alcanzar su punto más alto...era la hora de la transformación.

— ¡Aléjense! —gritó, dirigiéndose a su hermana y su madre, sintiendo como su sangre empezaba a arder en sus venas. Sus ojos café se aclararon en un instante, como si sus iris se disolvieran por completo; de igual forma, los ojos verdes de Samanta se habían transformado en unos

enormes ojos color ámbar, característicos de la especie.

Maude y Layla permanecieron estáticas por un segundo, incapaces de reaccionar hasta que un grito desgarrador de Samanta las devolvió a la realidad. Entonces empezaron a correr hacia la casa, confiando en que Tristan podría mantener a la joven bajo control.

— ¡Tristan! —chilló Samanta. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas al suelo, arqueándose hacia adelante. El dolor que sentía no podía compararse con nada en el mundo. Era como si sus huesos se quebraran todos al mismo tiempo, sus músculos se desgarraran y su cráneo estuviera a punto de estallar.

Tristan se hincó a su lado y la abrazó con firmeza; el dolor que él sentía era igual de fuerte, aunque ya estaba acostumbrado a él y podía soportarlo.

—Samanta, debes luchar contra tu instinto —jadeó. — ¡Trata de recordar quien eres y lo que pasará si no aprendes a dominar tu cuerpo!

— ¡AAGH!

Puntual, como siempre, la metamorfosis se dio con precisión. Los cuerpos, hasta entonces humanos, empezaron a deformarse y a contorsionarse para adoptar la forma lobuna. Sus extremidades se estiraron y doblaron de forma peligrosa; el cráneo se alargó, emitiendo un crujido similar al de una rama siendo retorcida y las fauces aparecieron donde antes estaba la boca, con colmillos gruesos y peligrosos. Finalmente, un denso pelaje cubrió cada centímetro de sus anatomías, terminando así con la transformación en la especie híbrida. Cualquier persona que desconociera la peligrosidad de esas criaturas, quedaría sin lugar a dudas fascinada con su belleza.

Samanta, la lobezna de pelaje dorado, se sacudió como si quisiera quitarse algo de encima; Tristan, tan oscuro como la noche, la contempló estático y a la expectativa. El dolor había menguado, pero ahora era reemplazado por algo incluso peor: un apetito violento e insaciable.

Cuando sus miradas se cruzaron, Samanta le enseñó sus colmillos amarillentos y dejó salir un aullido feroz que cortó el silencio como una filosa navaja. Luego echó a correr, dejándose guiar por su olfato y sus instintos. Todos sus sentidos se habían agudizado al punto de que podía oler a una presa a kilómetros de distancia; podía oír sus pasos e incluso percibir el calor de su cuerpo, su corazón bombeando la sangre por todo su cuerpo. Había dos...dos deliciosas presas correteando por el bosque; sus perfumes endulzados las delataban. Sin embargo, existía no muy lejos de allí un sitio donde se concentraba ese calor, donde había más de una criatura apetecible y de gran tamaño...un pequeño pueblo que su "yo"

humano conocía bien.

Tristan, quien tenía dominio completo de su transformación, la siguió a toda velocidad mientras ideaba un plan para guiarla hacia las trampas que habían colocado estratégicamente en el bosque. No podía creer la velocidad con la que ella corría: era como si tuviera toda la energía que irradiaba la luna canalizada en sí misma. Sus patas se movían tan rápidamente que parecían zumbiar con el viento y apenas se las escuchaba sobre el suelo. Por eso, y por muchas razones más, debía detenerla.

Desvió su rumbo hacia un atajo que conocía bien, uno que lo ayudaría a interceptarla en el camino. Y lo logró...ni bien la vio pasar frente a él, saltó de entre los arbustos y la embistió con todas sus fuerzas. La loba gimió completamente aturdida, aunque rápidamente logró incorporarse sobre sus garras. Entonces lo miró fijamente a los ojos, cargada de un cinismo hambriento y territorial que lo convertía en su enemigo.

Mientras ambos parecían danzar al ritmo del acecho, con sus melenas encrespadas, Samanta dejaba que su instinto le guíe. Su ataque fue calculado, rápido y preciso; la bestia se lanzó contra su oponente y le propinó una aguda mordida en el cuello, haciéndolo aullar de dolor. El lobo negro intentó liberarse sin llegar a tales extremos de voracidad, pero le resultó imposible...los dientes de ella se clavaban con fuerza en su carne, y si no hacía algo para detenerla, acabaría matándolo a él.

Tristan lanzó un zarpazo tras otro y sintió como sus garras se enterraban en su carne y le desgarraban la piel. Samanta soltó un aullido lastímero y lo liberó de su mordida como acto reflejo del dolor que las garras ajenas le había provocado. Fue entonces que él la desafió con su mirada, lo suficiente como para darle a entender que sólo uno de ellos podría seguir con vida.

Así logró que la siguiera hacia el sur, directamente hacia una de las trampas que habían colocado para proteger la cabaña. No tenía demasiada ciencia, era simplemente un pozo de seis metros de profundidad, meticulosamente cubierto con ramas y hojas que simulaban a la perfección el suelo del bosque. Sin embargo, existían algunos patrones en el suelo que sólo quienes la confeccionaron conocían y podían identificar. Así pues, cualquier animal (o persona) de más de diez kilos, caería dentro y quedaría atrapado.

Al estar casi sobre la trampa, Tristan se impulsó con sus patas traseras y la salteó sin problemas. Pero la muchacha no tuvo tanta suerte pues, ni bien pasó por encima de ésta, el camuflaje cedió ante su peso y la arrastró hacia las profundidades del hoyo.

La caída, aunque brusca, no había logrado hacerle daño. Rápidamente se incorporó y soltó un gruñido; luego se impulsó con sus patas traseras e

intentó trepar por la pared del agujero. Pero sus garras no lograron aferrarse a nada y derrapó, cayéndose nuevamente. Lo intentó varias veces, siempre con el mismo resultado, hasta que finalmente se agotó y desistió.

El lobo, de pelaje azabache y más humano de lo que parecía, permaneció el resto de la noche rodeando el borde de la trampa y vigilando que la loba no pudiera escapar. Poco a poco, los aullidos de Samanta se fueron diluyendo hasta convertirse en apenas un sollozo agudo y apagado que a Tristan le parecía la melodía más triste que haya escuchado en su vida.

“Lo siento mucho, Sam” pensó.

Capítulo 7

Capítulo 5 - Parte I

Pálida como la misma luna, pulcra como una muñeca de porcelana, el rostro de Samanta brillaba bajo la incipiente luz del sol, aquel que había desplazado a la luna y anunciado el final de la metamorfosis. Lentamente, la muchacha despegó sus párpados y se encontró envuelta en una frazada y acurrucada contra el cuerpo de Tristan. Varios metros adelante logró divisar a Maude y Layla, cubriendo con ramas secas y hojas anaranjadas un enorme agujero en el suelo. A un lado de la trampa, un arnés de resistentes cuerdas seguía enrollado como una serpiente de utilería.

—¿Qué...?

—Tranquila, todo ha ido bien —susurró Tristan, dedicándole una pequeña sonrisa. —Es hora de volver a casa.

La joven, sintiéndose muy adolorida, suspiró y escondió su rostro en el cuello del muchacho. Notó que, sobre su piel, había una marca que no había visto antes: tenía forma de mordida y cada orificio parecía haber cicatrizado hace poco, pues las marcas seguían enrojecidas e inflamadas. Sin pensarlo demasiado, elevó su mano diestra y rozó la cicatriz con sus dedos fríos. Tristan se estremeció.

— ¿Cuándo sucedió esa? —preguntó Samanta, completamente ignorante.

—Claro...no lo recuerdas —musitó Tristan, más para sí mismo que para ella. Pero Samanta enseguida entendió a qué se refería y se percató de que ella había sido la que lo hirió de esa forma. Algo en su interior se estrujó violentamente.

—Lo siento...

—No lo sientas, yo también te he dejado un recuerdito —curvó sus labios en un ligero rictus. —Pero descuida, en un par de días desaparecerá.

Samanta estaba demasiado aturdida, incluso para interrogar a Tristan sobre aquellos “poderes” que tenían los licántropos, o para darse cuenta que la manta era lo único que la cubría; su ropa había quedado hecha trizas en medio del bosque. Cuando al fin se percató de ello, se ruborizó y apartó a Tristan a manotazos.

— ¡Hey, hey, tranquilízate! —le reprochó él, elevando sus manos en señal

de paz y sin poder evitar reírse de la situación.

— ¿Tú...me has visto? —chilló, cubriéndose el rostro con ambas manos; la palidez de su rostro quedó completamente cubierta por un intenso rubor.

—No —mintió Tristan —Descuida. Ahora levántate...tenemos que regresar a la cabaña o te dará una neumonía —pero, al ver que ella no se movía y seguía ovillada, abrazándose las rodillas debajo de la frazada, decidió voltearse y enfrentar a un árbol que había a sus espaldas. —Anda, no voy a verte —prometió, sin poder evitar reír entre dientes.

—Cúbrete los ojos —demandó Samanta. Él obedeció.

Con un poco de trabajo, Samanta se incorporó sobre sus pies descalzos; sus dedos se enterraron apenas en el suelo frío y húmedo, haciéndola estremecer. Entonces, se percató de algo.

— ¡¿Por qué tú estás vestido?!

—Porque Layla me trajo ropa... —Tristan volvió a reír y Samanta miró a Layla por el rabillo del ojo. La joven, de tez morena, rió también antes de desviar la mirada. —Y “olvidó” traer la tuya —terminó.

—La próxima prepararé yo los bolsos —aseguró Maude, pasando a un lado de la joven y expresando seriedad. —Ahora andando, deben estar muertos de hambre.

Ella tenía razón...

La cabaña estaba realmente lejos, tanto que los pies de Samanta no soportaron ni un tercio del recorrido de regreso y Tristan se vio obligado a cargarla el resto del trayecto. Ella, completamente resignada, mantuvo su mejilla pegada al pecho del joven, cuyo calor, en cierta forma, la reconfortaba. En determinado momento elevó la mirada y lo contempló. Aunque en su rostro no había ni una sola gota de sudor, inhalaba y exhalaba con pesadez a cada paso que daba; su cabello oscuro estaba completamente alborotado y su incipiente barba formaba una sombra homogénea en su barbilla, extendiéndose un poco hacia los costados de su marcada mandíbula. Su edad era una incógnita, aunque por su aspecto no parecía ser mucho mayor que ella.

— ¿En qué piensas? —preguntó él, percatándose de la mirada fija de Samanta. Ella se ruborizó.

—Me preguntaba cuántos años tienes.

—Cumpló veinte en febrero —respondió. — ¿Y tú? —Samanta hizo una pausa y frunció los labios; el solo recuerdo le revolvía el estómago.

—Cumplí diecisiete...anteayer.

Ninguno de los tres se atrevió a hablar después de eso; ni siquiera Layla lanzó uno de sus típicos comentarios venenosos.

Al cabo de unos cuarenta minutos, llegaron a la cabaña. Había dejado de nevar durante la noche y el sol radiante pareció derretir gran parte de la nieve acumulada sobre los techos y la escarpada.

El interior de la cabaña estaba por demás agradable. Habían dejado la chimenea encendida aquella mañana y el fuego crepitaba vivaz, transmitiendo su calor a todas las habitaciones. Tristan depositó cuidadosamente a Samanta en el piso de la cocina y luego se marchó hacia su alcoba. Layla lo siguió, aunque al cabo de algunos minutos regresó con algo de su ropa y se la entregó en silencio a Samanta, apenas clavando sus ojos amielados en ella antes de volver a marcharse. Maude se dirigió directamente a la cocina para preparar el almuerzo, así que Samanta se limitó a meterse en el baño para darse una ducha y cambiarse.

La imagen que encontró de ella misma frente al espejo le pareció ser la de una extraña. Su cabello rubio estaba completamente alborotado y opaco, casi podría confundirse con un nido de aves silvestres; bajo sus ojos esmeralda, unas enormes ojeras delataban el cansancio acumulado y es que, a pesar de no recordar nada de lo sucedido la noche anterior, su cuerpo había grabado cada suceso en sus músculos adoloridos y en su piel.

Samanta suspiró apesadumbrada y le dio la espalda al espejo solo para observar, por encima de su hombro, los profundos rasguños en su espalda. Las marcas de las garras de Tristan estaban allí, casi al rojo vivo, aunque ya habían cicatrizado y apenas sentía un leve ardor.

“Que criatura tan extraña” pensó, reparando en que la criatura extraña era ella. Aun le costaba asimilar todo el asunto y dudaba poder llegar a asimilarlo en algún momento.

El vapor de agua no tardó en colmar todo el baño y de empañar el vidrio del espejo. Samanta contempló como, poco a poco, su imagen se volvía cada vez más difusa hasta desaparecer por completo, como si ella misma se convirtiera en una voluta de vapor que se eleva y se disuelve en el ambiente. Luego de chequear la temperatura de la lluvia, se metió en la bañera y dejó que el agua caliente arrastre el barro y la suciedad de su

cuerpo. Sólo abrió sus ojos para ver como el agua oscura se arremolinaba bajo sus pies antes de escaparse por el desagüe.

Luego de asearse y de vestirse, regresó a la cocina y ayudó a Maude a colocar la mesa y servir los platos. El almuerzo transcurrió en completo silencio. Tristan devoraba la carne asada y los vegetales como si no hubiera un mañana; Layla apenas había tocado su plato, algo la tenía preocupada y hacía que su estómago se empequeñezca hasta parecer una rosquita de cereal. Samanta, por su parte, no se atrevió a decir una sola palabra; continuaba dándole vueltas al asunto de la licantropía y se preguntaba si le daban asilo en aquella casa sólo para mantenerla vigilada.

—Creo que deberían acompañar a Samanta a su casa —sugirió Maude, rompiendo con aquel silencio profundo e incómodo. Los tres jóvenes la miraron. —Permanecerá con nosotros mientras sea necesario, así que necesitará algo de ropa...y quizás quiera buscar algunas pertenencias —concluyó.

Samanta despegó sus labios para replicar pero simplemente no supo qué decir. Quería ir a su casa, si; pero, al mismo tiempo, tenía miedo de lo que podría llegar a encontrar allí. Maude, por su parte, pensaba que era mejor llevarla antes de que quisiera volver a huir.

—Yo conduciré —dijo Layla. Maude asintió y dejó zanjado el asunto.

Capítulo 8

Capítulo 5 - Parte II

El resto del día transcurrió a cuentagotas para Samanta y, con cada minuto que pasaba, sentía como algo denso y pesado se acumulaba en su estómago, dificultando su respiración. Inhalar, exhalar, no era tan difícil después de todo...pero para ella era como si estuviera sumergida en una piscina llena con alquitrán y que, cada vez que abría la boca para respirar, tragaba esa sustancia pegajosa.

Había pasado la tarde sentada en una vieja hamaca de madera, una que se había hinchado con la humedad y que rechinaba con cada vaivén de su cuerpo. Resguardada del frío por una gruesa frazada de lana, permaneció largo rato mirando hacia la nada misma, pensando y recapitulando cada hecho transcurrido en las últimas veinticuatro horas.

—Salimos en diez minutos —le avisó Tristan, asomándose por la puerta delantera de la cabaña.

Había empezado a oscurecer en el bosque y las siluetas de los árboles se veían desdibujadas, como si hubiera sólo una fila de troncos y, más allá de ellos, el mundo era tragado por las penumbras. Era el momento justo para ir a la zona de remolques puesto que deseaban pasar desapercibidos y no llamar la atención de los vecinos. Ante los ojos del mundo, Samanta era una desaparecida y sus padres estaban muertos; debía permanecer escondida a menos que quisiera ser encontrada y dejar en evidencia lo que realmente era. Acabaría muerta de todas formas.

La vieja camioneta los esperaba a un costado de la cabaña, debajo de un techo de chapas que la resguardaba de la lluvia y el granizo. Se trataba de un vehículo de cuatro puertas, un modelo antiguo en su versión rural y con una batea espaciosa; tenía algunas partes de la chapa con la pintura saltada e indicios de óxido en la parte inferior, sin embargo, cuando Layla la puso en marcha, el motor apenas emitió un ronroneo.

Mientras seguían el camino de tierra que los llevaba hacia la carretera lindera al bosque, Tristan le explicó a Samantha que esa camioneta era el “bebé” de su padre y que siempre se había ocupado de mantenerla como si fuera cero kilómetro.

—La cuidaba más que a nosotros —bromeó con falso enfado. Incluso Layla sonrió, algo que Samanta hasta entonces no había visto. Le pareció que ella, a pesar de su típica expresión de pocos amigos, era una mujer muy

hermosa.

—También vale más que nosotros —le recordó su hermana, arqueando una ceja. Durante una milésima de segundo, su mirada se posó en el espejo retrovisor y en Samanta, sentada en la parte trasera; pero ese contacto visual fue tan efímero que parecía como si nunca hubiera existido.

La carretera constaba de una extensa serpiente de asfalto, levemente inclinada hacia abajo. Por lo que podía interpretar Samanta, la cabaña quedaba hacia el noroeste, pues en esa dirección se elevaba el camino a medida que se aproximaban a las montañas. Por primera vez se sintió orientada y supo hacia dónde quedaba su vecindario y cuánto se había alejado aquella noche. No era tanto si se iba en vehículo, pero a pie probablemente llevaría más de medio día, en especial porque el bosque que los separaba era muy denso y capcioso.

Samanta suspiró, cerró sus ojos y recargó la cabeza contra el cristal de la ventana. En los asientos frente a ella, Layla y Tristan recordaban viejas anécdotas familiares que la hacían sentir nostálgica. No dijo nada, sino que se limitó a escucharlos y a mezclar sus historias con las canciones que pasaban en la radio, yendo y viniendo entre las palabras y las melodías, hasta quedarse dormida.

Despertó recién cuando empezaban a detenerse. Layla se desvió del asfalto y volvió a internarse en calles de tierra que ponían a prueba la amortiguación de la camioneta. El vaivén, un tanto violento, hizo que Samanta se desperezara por completo. Habían llegado.

—Tenemos que caminar un poco —comentó Layla, antes de apearse del vehículo. —No podemos acercarnos más que esto sin llamar la atención.

La zona de remolques no estaba lejos, de hecho, desde allí y a pesar de la oscuridad circundante, podían apreciarse las diminutas y tenues luces de los faroles colgados en las puertas de las casas. Samanta se limitó a andar detrás de los hermanos, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y la bufanda cubriendo su boca del frío penetrante. Saberse tan cerca de aquel lugar le traía una mezcla de sensaciones; era como una masa de nervios con chispas de angustia, intriga y curiosidad.

Cuando llegaron al límite de la explanada, justo donde empezaban a aparecer las primeras casas rodantes, se desviaron hacia la derecha y empezaron a avanzar por detrás de las mismas. Samanta conocía cada una de esas casas y a las personas que vivían dentro. Por ejemplo, acababan de dejar atrás el remolque del señor Welz, un anciano con alma de joven que disfrutaba de pasar las tardes sentado en la escalerita de la entrada y bebiendo vino en una copa de cristal. A su lado vivía una pareja con dos hijos, uno de aproximadamente diez años y una bebé de pocos

meses. Y así, una a una, Samanta conocía a todos sus vecinos y ellos la conocían a ella.

—Este lugar está desolado —murmuró Tristan, dando unos pasos atrás para ponerse a la par de Samanta.

Y tenía razón... las luces de los remolques estaban todas prendidas pero parecía que la gente del vecindario había desaparecido. A lo mejor, luego del ataque, habían decidido marcharse hacia la ciudad o algún lugar más seguro; o simplemente se escondían y sufrían en silencio cual alimañas temerosas.

La casa rodante de Samanta era casi una de las últimas de la fila y era, quizás, la única cuya lámpara se encontraba apagada. Pero eso no fue lo que más llamó su atención, sino que estaba rodeada por una cinta plástica de color amarillo, con la leyenda "Prohibido" en negro. Al verla, su estómago dio un vuelco.

—Podemos irnos ahora mismo, si eso deseas —le aseguró Tristan al ver que ella detenía su andar y clavaba sus pies sobre la tierra, como si hubiera echado raíces. Pero ella negó rápidamente con la cabeza y se armó de valor para recorrer los últimos metros que la separaban del que fue su hogar.

Los tres se detuvieron en la parte trasera del remolque, algunos metros alejados del perímetro que delimitaba la cinta. A su alrededor no se oía ni siquiera el pulular del viento; todo estaba extremadamente silencioso, tanto que aturdía.

—Entren ustedes —musitó Layla, mirando en todas direcciones. —Yo me quedaré aquí vigilando. No tarden mucho —advirtió. Luego se apartó algunos pasos hacia atrás y se volvió una con la oscuridad.

Tristan y Samanta se agazaparon para traspasar la barrera de prohibido y rodearon la casa rodante hasta llegar al frente; bajo sus pies, el barro se hundía y crujía como si quisiera tragarlos vivos, pero eso no les impidió avanzar.

La fachada de la casa estaba completamente irreconocible. Habían sacado la puerta y, en su lugar, más cinta amarilla se entrecruzaba para cubrir el hueco remanente. La chapa del frente estaba completamente abollada por las embestidas de la bestia; incluso las macetas con flores, que normalmente decoraban el alfeizar de la ventana, seguían hechas añicos sobre el piso. El tiempo se había detenido en ese preciso momento, como si el ataque hubiera pasado hace apenas algunos segundos.

— ¿Estás segura de que quieres hacerlo? —la cuestionó Tristan, buscando su mirada. Samanta asintió sin despegar la vista de la casa rodante;

sentía el corazón latiendo con fuerza en su pecho y podía jurar que hasta Tristan oía sus latidos. —Entonces vamos.

Subieron los tres escalones que separaban la entrada de la calle de tierra y se detuvieron frente al marco de la puerta. Cuidadosamente, Tristan separó las bandas amarillas lo suficiente como para que ella pudiera pasar; luego la siguió hacia el interior, completamente a ciegas.

Samanta conocía tanto aquel lugar que podía recorrerlo tranquilamente con los ojos cerrados. Incluso en la oscuridad percibía dónde estaba la mesa de la cocina, la encimera, la nevera y cada mueble o adorno de su casa. Cerró sus ojos por un momento e inhaló profundamente, esperando cargarse del perfume de los jazmines que su madre siempre colocaba en el florero. Sin embargo, allí olía a desolación y sueños rotos.

Cuando abrió los ojos, le sorprendió la claridad con la que podía ver a su alrededor. Sus pupilas se habían acostumbrado ya a la oscuridad, pero no solo eso, sino que todos sus sentidos se habían agudizado.

—Puedo ver en la oscuridad —susurró asombrada, volteando a ver a Tristan. Él sonrió.

—Te sorprenderá saber todo lo que puedes hacer. Pero eso te lo enseñaré luego, ahora debemos apresurarnos.

Avanzaron hacia las recámaras sorteando la mesa de la cocina, que estaba desplazada varios metros a la izquierda, y las dos sillas derribadas en el piso. En el fregadero, los platos de la cena de su cumpleaños aun permanecían sucios y apilados, y el olor fétido empezaba a llenar el espacio. Samanta frunció la nariz y se preguntó cuánto tiempo tardarían las autoridades en dar la orden para desalojar aquel lugar. ¿Lograría controlarse durante la luna llena a tiempo para reclamarlo y regresar allí? Por el momento, sabía una sola cosa con certeza: estaban en la escena del crimen.

Al final del pequeño pasillo se encontraba la habitación de Samanta. La cortina púrpura seguía corrida y dejaba entrever un armario de madera apenas más alto que ella. Ambos se detuvieron en la entrada pero, antes de ingresar, Samanta se giró hacia Tristan.

— ¿Puedes esperar aquí? —inquirió. Necesitaba unos momentos a solas en la privacidad de su habitación. Él se encogió de hombros y asintió.

—Esperaré a que recojas algunas prendas. No lles demasiasdas o podrían sospechar que alguien estuvo aquí.

—De acuerdo.

Samanta ingresó y corrió la cortina, desapareciendo detrás de ella.

Capítulo 9

Capítulo 6 - Parte I

Eran las nueve y media de la noche cuando el auto se detuvo frente a la cabaña. Había pasado una hora desde que los chicos se marcharon y Maude suponía que les tomaría hora y media más regresar, razón suficiente para extrañarse al oír al vehículo estacionando.

Rauda y alerta, se acercó a la ventana delantera de la cabaña, limpió el vidrio empañado con su puño y aproximó tanto su rostro que el frío cristal le congeló la punta de la nariz. Sin embargo, la oscuridad era tan densa que no pudo ver de quien se trataba, sólo una sombra corpórea que se acercaba a la cabaña. Escuchó sus pasos huecos sobre la madera del porche y luego los tres golpes en la puerta. Antes de acercarse, buscó la escopeta con la mirada hasta localizarla a un costado del paragüero metálico, lo suficientemente a mano como para poder defenderse. Cualquiera persona pensaría que ella estaba paranoica y demasiado perseguida; pero lo que no saben es que, a lo largo de sus años como cazadora, se ha ganado una vasta cantidad de enemigos, por lo cual nunca estaba demás ser precavido.

— ¿Quién es? —demandó, varios segundos después.

—Charles —la voz grave del cazador la tomó por sorpresa, haciendo que se precipitara hacia la puerta para abrirle.

Y allí estaba él, su antiguo compañero, vistiendo un grueso sobretodo de lana y su típico sombrero Trilby debajo del cual se escapaba su cabello castaño. Se conocían hace décadas, aunque el tiempo parecía no transcurrir en absoluto para él. A sus cincuenta y dos años, el hombre apenas tenía alguna que otra arruga debajo de los ojos y su sonrisa seguía igual de intacta que a los veinte. Se había dejado crecer la barba y el bigote, pero no de forma descontrolada sino que los mantenía perfectamente perfilados.

—Maude Simons, tiempo sin verte —saludó, sonriendo y extendiendo sus brazos de forma amistosa.

— ¡Vaya que sí! —lo abrazó como quien abraza a un hermano que no ve hace años y luego dio un paso al costado para dejarlo entrar. —No te esperaba por aquí.

—Tampoco estaba en mis planes pasar. Si no, te habría avisado —. Charles se quitó el abrigo y el sombrero y los colgó ambos del gancho

metálico en la pared, al lado de la puerta y justo encima del paragüero. Su mirada oscura se posó durante algunos segundos en la escopeta.
—Siempre preparada ¿eh? No me sorprende de la bisnieta de Griffith.

—Uno nunca sabe —Maude se encogió de hombros e invitó a su viejo amigo a tomar asiento. —Puede que me haya retirado, pero eso no quiere decir que esté del todo relajada.

—Precisamente de eso vengo a hablarte...

—Oh no —lo interrumpió, elevando ambas manos en señal de “alto”.
□—Una gran jugada pero no; no lo haré —la expresión de la mujer se endureció durante unos segundos. No era la primera vez que enviaban a alguien a pedirle que regrese a la formación y, francamente, le pareció una jugada sucia que lo envíen justo a él.

—Por favor, déjame explicarte ¿vale?...Necesitamos tu ayuda.

—Charles...mi vida como cazadora se terminó hace tres años, con la muerte de mi esposo —mintió, sin un ápice de cavilación en su mirada.
—Sigo firme en mi decisión, así como mantengo la promesa de dar aviso si veo algún licántropo merodeando por aquí. Mis hijos...ellos aún no superan la muerte de su padre y quizás yo tampoco lo haya superado
—caminó hacia una de las sillas de madera y se sentó, completamente desganada. Charles la siguió, sintiendo como su estómago se removía de tanta angustia.

—Lo sé y créeme que al principio me negué rotundamente a venir y pedirte que regreses. Pero estamos en tiempo de crisis, Maude. Está sucediendo de nuevo...hay un brote, uno muy importante. La maldición se extiende y afecta cada vez a más personas; es como un virus maligno que ingresa por las vías respiratorias y no podemos detenerlo. Hace algunas semanas encontramos un campamento a varios kilómetros de aquí. Hombres, mujeres y niños híbridos conviviendo en manada.

—No puede ser...

—Y lo peor es que el gobierno quiere poner manos en el asunto. Dicen que si no logramos controlar y reducir la “epidemia”, tendrán que acudir al armamento nuclear. Prefieren sacrificar miles de inocentes y hacerlo pasar por un atentado terrorista antes que dejar que se conozca la existencia de los hombres lobo.

Maude se llevó el índice y el pulgar al puente de la nariz y lo masajeó durante algunos segundos, como si así pudiera deshacerse del aturdimiento que la embargaba. Charles, quien ya había puesto todas las

cartas sobre la mesa, permaneció en silencio esperando su respuesta.

—Lo pensaré —musitó luego de varios segundos en silencio.

Confiaba plenamente en su amigo, pero había secretos que ni él, ni nadie, podía conocer. Hace tres años había renunciado a formar parte de los cazadores yendo en contra de todos esos principios con los que se había criado. Les hizo creer que la muerte de su esposo resultó ser un golpe tan duro que necesitaba tomarse un tiempo para recuperarse. Sin embargo, la cruel realidad era que le urgía poner a salvo a su hijo pues, dentro de la jerga, la licantropía era una clara sentencia a muerte. Por ese motivo escogió no contarle a los cazadores sobre el licántropo que habían asesinado hace unos días, porque implicaría una contradicción a su coartada y se ganaría su desconfianza.

—Hay algo más —Charles endureció su semblante y recargó los codos sobre la mesa, aproximándose a ella como si fuera a decirle un secreto. Por primera vez en años, las arrugas alrededor de sus ojos parecieron acentuarse y su vejez se hizo evidente. — ¿Has visto el noticiero?

Maude se encogió de hombros y negó con la cabeza, intentando camuflar el escalofrío que recorrió su columna vertebral en ese momento. Claro que había visto las noticias y todas hablaban del ataque al barrio donde vivía Samanta. Por un momento pensó que podría evadir el tema y tenía la falsa ilusión de que los cazadores se creyeran la historia de un oso pardo salvaje, perdido y hambriento. Pero no...ellos eran demasiado inteligentes como para caer en eso.

—Hace unos días, la gendarmería recibió un llamado de auxilio proveniente de un pueblo que está aquí cerca. Cuando llegaron, encontraron dos cuerpos desgarrados y a una mujer agonizando, que luego murió camino al hospital. Los testigos aseveran que un animal enorme los atacó; algunos dicen que fue un oso, otros creen que era demasiado esbelto para ser un oso. La cosa es que nosotros sabemos perfectamente que era —Maude asintió en silencio. —El hombre lobo escapó y aún no pudimos encontrarlo. Sospechamos que proviene de ese campamento. Además...hay una niña desaparecida; nadie sabe qué ha ocurrido con ella pero se han rastreado cinco kilómetros a la redonda y no hay señales de su cuerpo, así que puede que aún siga viva y esté perdida en el bosque.

—No he visto nada por aquí —se atajó rápidamente. — Las trampas siguen intactas y cada tarde hacemos un recorrido para asegurarnos de que están en funcionamiento. Pero...si veo algo, no dudaré en avisarte.

—Vale, gracias. A todo esto ¿Cómo has estado? ¿Cómo están los chicos?

—Están bien, por suerte. Tristan empezó a trabajar en una ferretería y Layla ya va por el último año de medicina.

— ¡Ahí Mi ahijada no deja de sorprenderme —comentó con orgullo. —
¿Volverán pronto? Me encantaría verlos.

Por primera vez en lo que llevaban conversando, Maude se puso nerviosa. Lentamente, deslizó sus manos hacia su regazo y entrecruzó los dedos para evitar que se note el temblor en ellas. Los chicos ya debían estar emprendiendo el camino de regreso y, si llegaban antes de que Charles se fuera, tendría demasiadas cosas que explicarle; primero y principal, qué hacía una niña desaparecida en su casa y por qué la ocultaba.

—Ellos han salido a la ciudad...con amigos —esbozó una sonrisa torcida.
—No creo que regresen hasta tarde en la madrugada o quizás mañana.
Pero les diré que estuviste aquí.

— ¡Vaya! Qué lástima, me hubiese gustado verlos.

—Y ellos a ti también, seguro.

—Quizás me dé una vuelta por aquí la semana que viene.

—Claro, solo avisa con tiempo...así preparo una cena que valga la pena por tanto viaje.

A las diez y cuarto Maude se las ingenió para hacer que Charles se fuera. Los minutos estaban contados y, con cada tic tac que daba el reloj, sus manos temblaban y sudaban frío.

—Lamento haber sido tan inoportuno —se disculpó él. —De haber sabido que estabas con gripe, me habría ido antes.

—Descuida. Me ha agradado verte.

—A mi también. Envía mis saludos a los chicos —Charles se acercó a ella, esta vez con cautela, y volvió a abrazarla. Se separó rápidamente, como si temiera que su condición fuera a empeorar si la abrazaba durante más tiempo.

—Se los daré, cuídate.

Maude lo observó alejarse e ingresar a su auto; luego esperó hasta que perdió de vista las luces traseras del vehículo. Su visita le dejó un sabor amargo en la boca y la aterradora sensación de que ya no estaban a salvo. Se sentía como un pequeño ratoncito intentando esconderse de los búhos hambrientos que habitaban el bosque.

Capítulo 10

Capítulo 6 - Parte II

Su alcoba estaba tal y como la había dejado la noche de su cumpleaños: la cama estaba a medio hacer, con las dos almohadas acomodadas en forma de ele; los zapatos que usaba para ir a la escuela estaban en un rincón, con las medias blancas abolladas dentro; incluso el libro que estaba leyendo seguía intacto sobre la cama. Estar allí dentro le trajo un segundo de paz, como si todo lo sucedido no fuera más que una horrenda pesadilla de la cual acababa de despertar. No obstante, sabía perfectamente que esa era su realidad.

Permaneció varios minutos de pie, estática como si fuera una planta que decora la alcoba, hasta que reaccionó y empezó a recoger algunas de sus pertenencias y a meterlas en la mochila de la escuela. Por un momento se preguntó qué sería de sus compañeros de clase ¿Habrían tenido ya el examen de matemáticas? ¿Estaban organizando el baile de graduación? ¿Se preguntaban por qué hace dos días que no iba a la escuela?...Pensar en ellos y en la vida que estaba dejando atrás la angustiaba, y esa angustia hizo que sus ojos humedecieran y las lágrimas empezaran a brotar nuevamente.

Cuando terminó de armar el bolso, se dejó caer unos segundos en la cama y contempló el techo del remolque. Pegadas sobre las chapas, unas diminutas estrellas fluorescentes parecían flotar en la inmensidad de un cielo inexistente y, entre éstas, una luna en cuarto creciente emitía un ligero resplandor plateado. Samanta cerró sus ojos y contó cuántos días faltaban exactamente para la luna llena.

“Veintiséis...sólo veintiséis”

— ¿Sam?

La muchacha abrió sus ojos sobresaltada y se incorporó rápidamente. Detrás de la cortina, la silueta oscura de Tristan permanecía lisa e inmóvil.

—S...si, ya voy —respondió de forma entrecortada, secándose las lágrimas con el puño de su chaqueta de algodón.

Antes de salir, buscó debajo de la cama la caja donde escondía sus ahorros y se los guardó en el bolsillo delantero de la mochila; luego tomó su abrigo de invierno, ese cuyo volumen le impedía meterlo en la mochila,

y salió al encuentro con Tristan.

—Debemos irnos —dijo Tristan, quitándole la mochila de las manos para cargársela él.

—Si, solo dame cinco segundos más.

Samanta se desvió y se cargó de valor para entrar en la habitación de sus padres, esa en la que aún percibía la esencia de ambos. Sin detenerse a observar detalles, fue directamente a la mesita de luz y tomó el cuadro con la fotografía donde los tres sonreían con naturalidad. Luego salió y ambos se enfilaron hacia la puerta.

En la parte trasera del remolque, Layla los esperaba con expresión de pocos amigos y mirando su reloj de pulsera.

— ¿Por qué se tardaron tanto? —reprochó, lanzándole una mirada de desconfianza a su hermano. —Vámonos de aquí.

Regresaron a la camioneta de la misma forma: disueltos entre las sombras que proyectaban los remolques y los árboles. Al llegar a uno de los primeros, les sorprendió oír el llanto incesante de un bebé; era como si, de un momento a otro, la vida volviera a ocupar esas casitas y el tiempo retomara su curso. Una vez dentro del vehículo, emprendieron el viaje de regreso.

Habían pasado veinte minutos de las diez de la noche y el cielo se había cargado completamente con nubes encapotadas. Layla encendió la radio y dejó que Scorpions poblara el silencio con el viento de cambio. Estaba demasiado cansada como para tararear y se limitaba a conducir con la vista pegada al frente.

Samanta volvió a recargar la cabeza contra el cristal de la ventanilla trasera y contemplaba como las sombras de los árboles pasaban fugazmente a su alrededor. Visto de esa forma, sentía como si estuvieran detenidos y fueran los árboles los que se movían a toda velocidad, como huyendo de la oscuridad profunda del bosque. Un relámpago atravesó el firmamento y su luz se difundió entre las nubes de tormenta. Segundos después escucharon el sonido intentando alcanzar a la luz en una interminable y desventajosa carrera.

Llegaron a la cabaña en el momento justo en que comenzó a llover. Las luces estaban apagadas y dentro sólo se veía el resplandor anaranjado del fuego en la chimenea. Los tres entraron intentando hacer el menor ruido posible, pues imaginaban que Maude ya se había ido a dormir; pero ella los estaba esperando, sentada en el sofá y con expresión preocupada.

—Charles estuvo aquí —dijo, sin mediar palabra previa. Tristan y Layla se miraron extrañados. —Vino a pedir nuestra ayuda.

Maude les explicó con lujo de detalles la charla que tuvo con Charles. De vez en cuando se detenía y tomaba una bocanada de aire, miraba de reojo a Samanta y volvía a hablar. Les explicó del supuesto brote y del campamento con el que se toparon; también de las noticias y de que Samanta estaba siendo buscada por las autoridades. La joven, al verse involucrada en el relato, palideció.

—Me encontrarán aquí —susurró, abrazándose a sí misma.

—Si somos lo suficientemente precavidos, no lo harán —le aseguró la mujer. —Por eso es que deberás dormir en el sótano. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Haré lo que sea con tal de no convertirme en una molestia.

—Creo que es muy tarde para eso —soltó Layla, cruzándose de brazos. Samanta bajó la mirada.

—Tristan ¿la acompaña, por favor? —le pidió su madre, resignada.

—Claro, vamos.

Capítulo 11

Capítulo 7 - Parte 1

El sótano no era para nada lo que esperaba encontrar Samanta. Lejos de tratarse de una habitación lúgubre y con olor a humedad, se encontró con un lugar espacioso y cálidamente iluminado. Las paredes eran de ladrillos sin revocar, algo que le daba un aspecto rústico y agradable; el piso de madera estaba algo gastado, pero eso no lo hacía verse mal sino que, de cierta forma, complementaba a la armonía del lugar. Una de las paredes, la de la izquierda ni bien bajabas las escaleras, estaba cubierta por armarios metálicos de color negro y cerrados con gruesos candados. En el centro de la habitación, pegada a una columna principal, había un sofá muy parecido al del comedor, pero éste era un poco más grande y el tapiz, color gris oscuro, estaba algo desgastado. Había muy pocos muebles, a decir verdad. Aparte del sofá, había una pequeña mesa plegable doblada contra la pared y cuatro sillas apiladas una sobre otra, un librero de madera con algunos libros y una vieja radio en el estante del medio. Una fina capa de polvo cubría todas las superficies, dando idea de que esa era una de las habitaciones menos concurridas de la casa.

Samanta se detuvo al pie de la escalera y contempló todo a su alrededor; pero nada llamó tanto su atención como una gran estructura rectangular, al fondo del sótano y cubierta con una sábana vieja y raída.

— ¿Qué hay ahí? —inquirió, señalándola con un movimiento de la cabeza.

—Ven a ver.

Tristan curvó sus labios en una media sonrisa lacónica, dejó la mochila de Samanta sobre el sofá y se alejó en esa dirección. Samanta lo siguió, depositando el cuadro y el abrigo al lado de la mochila. Cuando se detuvo a un lado del joven, éste corrió la cortina y dejó ver los gruesos barrotes metálicos de una jaula. En el piso de la misma, cuatro grilletes descansaban amarrados a unas cadenas de eslabones robustos, cuyos extremos se sujetaban a los barrotes de la parte trasera.

— ¿Una jaula? —preguntó ella confundida.

—Si...aquí he pasado las lunas llenas hasta que logré tener control sobre mi cuerpo —lo dijo como quien no quiere la cosa; pero en su voz existía un dejo de turbación. Samanta hizo una mueca.

— ¿Van a encerrarme aquí, verdad?

—No es que tengamos muchas opciones, Sam.

—Lo sé, no los culpo —musitó, bajando la mirada. —Se que es tarde, pero me gustaría que me cuentes tu experiencia y todo lo que deba saber sobre mi nueva...condición.

—No tengo sueño y mañana me toca trabajar de tarde, así que por mí no hay problema.

Dejó caer la sábana y esta danzó de forma sublime sobre los barrotes, hasta quedar nuevamente tesa. Los dos se miraron y, durante algunos segundos, ninguno dijo nada; no necesitaban expresar con palabras cómo se sentían en presencia de aquella prisión, bastaba con ver la expresión de sus rostros.

Tristan sabía lo que era estar encerrado allí dentro y recordaba perfectamente el día en que sus padres, bajo su consentimiento, aceptaron encadenarlo por primera vez. Si se concentraba demasiado en ese recuerdo, incluso era capaz de sentir el frío de los grilletes sobre sus muñecas y tobillos, y los nervios crepitando con fuerza en su estómago. El mero recuerdo lo hizo estremecer.

—Gracias —susurró la joven, quebrando el repentino silencio que se había forjado entre ambos.

—No tienes nada que agradecer. A mi me pasó lo mismo que a ti y, créeme, es importante tener a alguien que te apoye sin importar lo que suceda —esbozó una media sonrisa, que era capaz de derretir hasta un iceberg, y regresó a la escalera de madera que llevaba al primer piso. — ¿Tienes hambre? Puedo preparar unos sándwiches.

—Claro.

—Vale, ponte cómoda. Enseguida regreso.

Tristan subió los escalones de dos en dos, como si levitara sin esfuerzo alguno sobre ellos. Era tan ágil y silencioso que recordaba al movimiento de las gacelas salvajes, y eso le daba un imperceptible toque anti-humano y atractivo. Ni bien abrió la puerta del sótano lo invadió el repiqueteo intenso de la lluvia contra el techo de la cabaña y el fuerte pulular del viento de tormenta, que hacía crujir los pilares de madera. Estar ahí abajo era como apagar el sonido y eso se debía a que el sótano estaba completamente insonorizado: ningún ruido podía penetrar esas paredes y ningún ruido podía salir de ellas. Incluso la puerta del mismo estaba camuflada entre las maderas de la pared, y sólo la llave les permitía abrirla de cualquiera de los dos lados. En definitiva, el sótano no existía y

nadie ajeno a ellos podía saber de su existencia.

Cuando salió al pasillo, se encontró de frente con su hermana; llevaba el cabello recogido en una cola de caballo y se había cambiado la ropa por su pijama color gris claro. Por un momento le cruzó la idea de pedirle que no sea tan ruda con Samanta pero, conociéndola, sabía que de nada iba a servir que se lo dijera y que sólo lograría ponerla de mal humor.

—Buenas noches —la saludó entonces, manteniéndose estoico.

—Buenas noches —ella siguió de largo hasta perderse en su alcoba.

La habitación de Tristan era la que estaba al fondo del pasillo y también la más pequeña. Apenas contaba con lugar para la cama, un escritorio simple y el ropero de un cuerpo. Cualquier persona sentiría cierta claustrofobia allí adentro, pero a él le agradaba ese lugar pues era la única alcoba que tenía una claraboya en el techo. En días de lluvia, como ese, se cuestionaba sobre si la había escogido sabiamente; sin embargo, cuando la noche está despejada y las estrellas salpican el firmamento, la vista es increíble.

Abrió el ropero y extrajo un juego de sábanas limpias y una frazada de plumas, de esas que abrigan hasta en los días más helados; luego tomó una de sus almohadas y llevó todo hasta el sótano. Cuando llegó, vio que Samanta ya se había cambiado la ropa por un camisón de mangas largas que le daba apariencia de muñeca de porcelana; no pudo evitar reír.

— ¿Qué? —inquirió ella, sonrojándose.

—Nada...es que te ves adorable.

Se marchó una vez más y, cuando regresó quince minutos después, cargaba una bandeja con los sándwiches y dos vasos con jugo de naranja. Samanta, al verlo, se apresuró a desmontar una de las sillas de la pila que había contra la pared y la acomodó frente al sillón para que les sirviera como mesa improvisada. Luego ambos tomaron asiento en el espacio libre que quedaba en el sofá.

— ¿Ya ha dejado de llover? —inquirió la joven, tomando una servilleta de papel y sirviéndose uno de los emparedados.

—No —Tristan rió. —Llueve como si se fuera a acabar el mundo.

— ¡Estás de broma! No se escucha nada aquí.

—Eso es porque el interior de las paredes está relleno con material de

absorción acústica.

— ¿En serio? —Samanta frunció el entrecejo y observó las paredes, como si pudiera ver a través de ellas. Sentía que el silencio en la habitación era un tanto perturbador, pero pensaba que era producto de su imaginación.

—Verás...si bien no tenemos vecinos, no podíamos arriesgarnos a que se escuchen los gritos y los aullidos cuando me transformaba. Así que mi padre acondicionó todo el sótano para que se escuche lo menos posible.

—Vaya.

—Vaya —repitió él, antes de morder un sándwich.

— ¿Cuánto tiempo te ha tomado aprender a controlarte?

—Nueve lunas llenas...

— ¿Nueve meses? —Tristan asintió y clavó su mirada en el sándwich, completamente enfrascado en algo que Samanta no podía descifrar.

—Fue cuatro meses después de la muerte de mi padre. Desde esa noche, pensar en la transformación me cargaba de un sentimiento horrible. ¿Alguna vez has sentido que quieres desaparecer para siempre y sin dejar rastro alguno? —Samanta negó con la cabeza. —Bueno, así me sentía yo...tan vacío como una burbuja de detergente que está a punto de estallar. Todos los días me acostaba pensando en que faltaba un día menos para la transformación y me levantaba con el sabor a sangre en los labios...no podía conciliar el sueño y, cuando lo hacía, apretaba tanto los dientes que me dañaba las encías. Por supuesto, el dolor desaparecía casi al instante, pero el sabor a sangre prevalecía incluso luego de cepillarme los dientes.

Tristan bajó el semblante y cerró por un momento los ojos, completamente turbado. Era la primera vez que abría su corazón de esa forma; la primera vez que le contaba a alguien sobre ese individuo oscuro con el que convive, ese que se niega a considerar como parte de su ser. El lobo es más bien un parásito, que se alimenta de su vitalidad en cada luna llena y amenaza con desintegrarlo desde su interior.

—Tenía pesadillas...— continuó, volviendo a mirarla. Ella parecía conmovida y, a la vez, atemorizada con su historia. —Eran horribles pesadillas en las que revivía el momento en el que asesiné a mi padre; luego iba a por mi madre y mi hermana. Finalmente huía al bosque, donde seguía cazando personas que no conocía.

—Ha de ser horrible —susurró ella. Tristan asintió y se humedeció los

labios.

—Llegaba un momento en el que no sabía si estaba despierto o si era otra pesadilla; confundía la realidad con los sueños, tenía alucinaciones...mi madre tuvo que drogarme para evitar que me suicide —carraspeó como si intentara bajar un nudo de cemento por la garganta. —Resulta que esas alucinaciones no eran alucinaciones, sino que mi mente permanecía activa durante la transformación. Poco a poco, mi cerebro se fue combinando con el del lobo y pude empezar a recordar lo que hacía durante la luna llena...y todo empezó con la muerte de mi padre. Tengo la imagen de su rostro tan grabada en mi memoria, que pensar en él es lo que me hace controlar a la bestia. Qué irónico ¿verdad?

—Lo es... ¿No hay otra forma?

—No, o al menos ninguna me ha funcionado. He intentado con meditación, reiki, música a todo volumen durante la transformación, pero nada parece ser un nexo lo suficientemente fuerte como para mantener anclados mis pensamientos con los del lobo; nada excepto el rostro de mi padre.

Samanta despegó sus labios temblorosos, más no supo qué contestar. Estaba completamente turbada y confundida, con mil preguntas que se entremezclaban entre sí y no lograba deshilvanarlas por completo. Finalmente se armó de valor y dejó salir aquella que más la atormentaba.

— ¿Por qué me dan esta oportunidad? ¿Por qué me dejan con vida?
—entendía que Tristan era, precisamente, Tristan...el hijo y el hermano. Pero ella era una completa desconocida, entonces ¿por qué arriesgarse?

—Mi madre se ha encariñado contigo —Tristan dejó el vaso, ya vacío, sobre la silla y se giró para enfrentarla. La contempló durante algunos segundos, segundos en los cuales ella parecía contener el aliento y luego soltarlo de forma silenciosa y casi imperceptible. —Tienes la misma edad que yo cuando sucedió todo, supongo que eso removi6 algo en ella.

—Soy una amenaza para ustedes —dijo temblorosa, al borde del llanto. En sus ojos verdes se habían acumulado las lágrimas, esas que con tanto esmero intentaba ocultar.

Tristan, sin saber exactamente cómo reaccionar, se aproximó a ella, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo. Ella escondió el rostro entre sus manos y empezó a sollozar, agitándose entre espasmos. Así permaneció durante largos minutos, hasta que las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos; sin embargo, el dolor seguía allí, anidado en su pecho. La única diferencia era que no tenía cómo liberarlo.

—Déjanos ayudarte —le imploró el joven, acariciando su espalda con los dedos. —Haré todo lo posible para que puedas salir adelante, Sam —prometió.

— ¿Crees que pueda llegar a controlarme?

—No veo por qué no. Sólo tienes que encontrar una razón lo suficientemente importante como para no poder dejar de pensar en ella durante la transformación. La mía es la culpa por lo que pasó con mi padre y el temor de que les suceda lo mismo a mi hermana y mi madre.

— ¿Y si no la encuentro? — “Me matarán” pensó en silencio.

Tristan no necesitaba leer su mente para saber que ella estaba pensando en eso. Aún así, respondió como si las palabras hubieran salido de sus labios.

—No dejaré que te hagan daño.

Samanta suspiró entrecortadamente y se acurrucó contra su pecho; allí, en medio del desolado sótano de la cabaña, con una jaula enorme a sus espaldas, el abrazo de aquel chico la colmaba de una calidez inusitada. Pronto, esa calidez se transmitió por todo su cuerpo y pareció traerla nuevamente a la vida, acelerando los latidos de su corazón y poblando de rubor sus pálidas mejillas. Se sentía tranquila y a gusto, como si nadie pudiera arrebatársela de aquella burbuja de paz en la que se había sumergido.

Tristan perpetuó las caricias en su espalda hasta que la respiración de ella se apaciguó por completo, sólo entonces se separó apenas y buscó su mirada.

—Te diré lo que haremos —se acomodó un poco y se humedeció los labios antes de proseguir. — Mañana por la noche iremos al bosque y te enseñaré tus nuevas habilidades. Creo que es importante que empieces a conectarte con tu otra parte, algo que yo no tuve la oportunidad de hacer al principio. Verás, mis padres sabían mucho sobre cómo asesinar licántropos...pero poco y nada sobre ser uno, eso no es algo que se enseñe en la escuela de cazadores, así que desde el principio tuve que valerme por mí mismo. Con el tiempo aprendí a utilizar mis instintos y a saber reconocer determinados indicios...por ejemplo, puedo oír los latidos de tu corazón sin siquiera apoyar mi oreja en tu pecho.

— ¿En serio?

—Así es. Y también puedo sentir como la sangre fluye por tus venas...

¿Estás nerviosa? —enarcó ambas cejas y sonrió divertido.

—Sólo un poco —musitó ella, enrojeciendo por completo.

— ¿Sabes qué más puedo hacer? —Samanta enmudeció por completo y negó a un lado y a otro con la cabeza. En los labios de Tristan se había dibujado una sonrisa galante que la dejaba por demás inquieta. —Cierra los ojos y te lo diré...

Capítulo 12

Capítulo 7 - Parte 2

La joven tragó en seco al escucharlo y dudó por un segundo antes de cerrar sus ojos. Había empezado a sentirse acalorada y esos nervios, que él había descubierto, se anidaron en su vientre y se removieron cual pececillos en el agua. Sintió las manos cálidas de Tristan sobre sus mejillas y se imaginó su rostro varonil a pocos centímetros del suyo, observándola fijamente.

“¿Me escuchas?” dijo; ella asintió. “Abre los ojos...” ella obedeció y lo miró fijamente, confundida. “¿Aún no lo has descubierto?” las palabras resonaron en su cabeza, más los labios de Tristan no se movían para pronunciarlas, de hecho, Samanta dudó de si realmente lo había escuchado momentos antes. Pero él sonrió con complicidad, sin apartar sus manos.

“Es telepatía...podemos hacerlo entre los de la misma especie e incluso a kilómetros de distancia”.

— ¡No puede ser! —chillo ella, completamente pasmada. Tristan retiró sus manos y soltó una risotada.

—Increíble ¿verdad?

—Aterrador, diría yo.

—Creo que nos puede ser útil. Francamente aún no sé cómo hacerlo sin tocar a la otra persona, pero si he sentido que alguien, otro licántropo, me hablaba a la distancia.

— ¿Y qué te decía?

—Me daba consejos...sobre cómo controlarme. Al principio pensé que estaba loco y que escuchaba voces en mi cabeza, hasta que me explicó lo que sucedía. Una vez me pareció verlo vagando por las montañas, no lo conocía pero sentí que se trataba de él —hizo una mueca con sus labios.

—Dejó de hablarme hace meses, quizás hasta lo hayan atrapado. Pensaba enseñarme a proyectar la telepatía pero nunca más supe sobre él, así que nuevamente tendré que apañármelas solo.

— ¿Qué te dijo tu madre al respecto? —Samanta arrugó su frente

dubitativa.

—Oh, ella no sabe nada; hay cosas que no puedo contarle porque me mataría, aunque no en el sentido literal, claro.

—Creo que lo entiendo.

—No pretendo que lo entiendas; a veces ni yo mismo entiendo por qué espero a cada segundo que aquel hombre lobo me hable o por qué lo considero casi como un amigo. Creo que el lazo de sangre entre nuestra especie es algo fuerte e inevitable.

Pero Tristan no lo creía, de hecho estaba convencido. Existía una especie de lazo inquebrantable que lo unía a otros licántropos, como esa famosa leyenda oriental del "hilo rojo del destino": un hilo que no se puede romper y que conecta los corazones de aquellas personas destinadas a estar juntas desde el momento en el que nacen.

—Te ayudaré a encontrarlo —ofreció Samanta, sacándolo de sus pensamientos. —A lo mejor puede ayudarnos a ambos.

—Eso sería demasiado peligroso...

— ¿Más peligroso que resguardar a una neófita mujer lobo y que mentirle a una madre cazadora? —Tristan rió y se encogió de hombros.

— ¿Siempre eres así de terca?

—Sólo cuando responden mis preguntas con otras preguntas —entrecerró sus ojos y lo miró acusadora. Tristan puso los ojos en blanco y luego dejó salir un suspiro de resignación.

—Vale, te dejaré acompañarme pero sólo cuando yo crea que estás lista para afrontar ciertos riesgos. Créeme, lidiar con hombres lobo no es lo mismo que entablar una conversación en una cafetería con un humano. Muchos de ellos son salvajes, incluso sin siquiera estar bajo los efectos de la luna llena; hay rumores de que los más longevos pueden transformarse a conciencia, cualquier día de la semana.

— ¿Crees que eso sea cierto?

—Es posible...no lo he intentado.

— ¿Por qué no?

—Porque temo no poder controlarme —zanjó serio.

Samanta se mordió con fuerza el labio inferior pensando que había ido demasiado lejos con sus preguntas. Por primera vez, en lo que llevaba conociendo a Tristan, le pareció ver la duda reflejada en su mirada. La luz mortecina de la lámpara bailoteó en sus pupilas y ella se perdió durante algunos segundos en aquella esferita lumínica, rodeada por un bosque verde oscuro. Al ver los ojos de Tristan, no pudo evitar pensar en el bosque real que los rodeaba; y ese pensamiento la llevó de regreso a la primera luna llena, como si las piezas de dominó fueran cayendo una sobre otra, dibujando un patrón definido sobre la mesa.

—Creo que te recuerdo... —dijo, palabras que a Tristan le sonaron sin sentido. —Tu forma lobuna, creo que recuerdo algo de lo que sucedió la otra noche —al oírla, Tristan curvó sus labios. — ¿Te dolió...cuando te mordí? —él negó a un lado y a otro.

—No tanto, no debes preocuparte por eso. Ahora creo que ya es hora de dormir.

Samanta aceptó el hecho de que no lograría sacarle más información por el momento. Habían hablado mucho, lo suficiente como para que el sueño y el cansancio se hicieran presentes en su cuerpo, y por más que disfrutara de la compañía de Tristan, sabía que no podía pasarse la noche entera charlando con él.

Entre los dos prepararon el sofá: quitaron los almohadones del respaldo, le colaron las sábanas limpias y lo cubrieron con la pesada frazada de plumas. Luego Tristan aflojó un poco la almohada y la dejó a la cabecera; recogió la bandeja con los vasos vacíos y se perdió escaleras arriba, dejando a sus espaldas un silencio desolador.

Samanta apagó la luz y se escabulló finalmente entre las sábanas; estaban frías como la nieve que se acumula en los picos de la montaña, pero el aroma de Tristan prevalecía en la almohada y la hacía sentirse a salvo. Pronto, la frazada de plumas se encargó de devolver el calor a su cuerpo y de reconfortarla en medio de la oscuridad. La joven cerró sus ojos y tras pocos minutos en un estado de absoluta somnolencia, se quedó dormida.

Aquella noche soñó con un bosque de frondosos árboles que se elevaban en lo alto del cielo, hasta que sus ramas se entrecruzaban unas con otras y formaban una suerte de caparazón de madera. Sentía los párpados pesados y requería de un esfuerzo sobrehumano para mantenerlos abiertos; sin embargo, el resto de su cuerpo era tan liviano como una pluma que podía elevarse con la más mínima brisa.

Contempló todo a su alrededor: el patrón de árboles, setos y rocas parecía repetirse, creando una imagen confusa y enrevesada. Aún así, sus pies descalzos se movían en la dirección que la guiaban sus instintos, como si una fuerza etérea la envolviera y jalara de ella.

Avanzó por el sendero a paso tranquilo; las hojas secas y las ramas crujían debajo de sus pies descalzos pero no le hacían daño, era como si estuviera parada sobre algodón. Cerró los ojos e inhaló profundamente; se llenó de aire fresco los pulmones y percibió un dulce aroma que se le hacía conocido. No se trataba del olor a hierba ni a tierra húmeda, era más bien un olor artificial como el de los perfumes o la crema de afeitar.

—Tristan... —susurró al reconocerlo.

Entonces lo vio. Estaba frente a ella como si siempre hubiera guiado su camino. El lobo de pelaje negro caminaba al menos diez pasos adelante, se giraba para verla, levantaba sus orejas y luego volvía a retomar el paso. Samanta apresuró las pisadas, intentando ponerse a la par de él; pero, extrañamente, Tristan siempre estaba diez pasos adelantado.

—Oye, no vayas tan rápido —le recriminó. El lobo se detuvo por un segundo y luego echó a correr, perdiéndose en la infinitud del bosque.

Capítulo 13

Capítulo 8 - Parte I

Tristan no regresó a la cabaña sino hasta las ocho y media de la noche.

Si bien su horario en el trabajo era de tarde, se había ido tan temprano que Samanta no lo vio al despertar. Tampoco había visto a Layla...era lunes y los dos debían continuar con sus vidas. Maude, por el contrario, se quedó en la cabaña haciendo la colada de la ropa y cocinando; le llevó el desayuno a la "cama" y luego la invitó a unirse a ella en el almuerzo.

"No es que debas quedarte para siempre encerrada ahí, pero debemos tener mucha precaución" le explicó mientras comían un guiso de papas, carne y cebollín. Terminado el almuerzo, le pidió a Samanta que se mantuviera resguardada en el sótano pues debía salir durante algunas horas y no quedaría nadie en la casa.

Sin más remedio, la joven obedeció y volvió a su prisión de ladrillos, armarios negros y jaulas escondidas bajo sábanas. El tiempo en el sótano parecía no transcurrir; el reloj de la pared tenía una gruesa capa de polvo y las manecillas permanecían estáticas en la última posición que adoptaron antes de que se acabe la pila. No había una sola ventana por la que espiar la posición del sol o ver cómo las hojas secas de los árboles se arremolinaban en el piso.

Allí, en medio de la soledad de esas cuatro paredes, le resultaba imposible no pensar en sus padres. Cuando lo hacía, las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos cual cascadas infinitas, de esas que no tienen principio ni fin sino que simplemente discurren. Lo único que podía hacer para apaciguar el suplicio era seguir leyendo, sumergirse en un mundo de fantasía al que no pertenecía pero que lograba atraer su atención como un imán y desplazarla de su propia historia.

Cerca de las cinco de la tarde, el rostro arrugado de Maude apareció escaleras arriba, le dedicó una sonrisa y le hizo un gesto para que subiera a su encuentro. Samanta suspiró aliviada; le dolía la cabeza y tenía la vista agotada de tanto leer. Marcó la página en la que se había quedado, dejó el libro sobre el sofá y subió las escaleras de dos en dos, escapando de la soledad del sótano.

Había dejado de llover hace un par de horas, pero la tierra seguía húmeda y en el aire flotaba una niebla densa y fría. En la chimenea, el fuego crepitaba débilmente como si estuviera a punto de extinguirse. De lejos podía oírse la leña emitiendo débiles crac crac crac mientras era

consumida por las llamas, algo que hacía recordar a un montón de huesecillos quebrándose al mismo tiempo.

Cuando entró en la cocina, Maude la esperaba sentada a la mesa. Había preparado dos humeantes tazas de chocolate caliente y un plato repleto con bollos de miel, que hicieron rugir a su estómago.

—Este clima es perfectamente propicio para beber una buena taza de cocoa —le dijo, con aire solemne, haciéndola sonreír.

Maude era una mujer cálida y afectuosa, de esas que se preocupaban más por el prójimo que por sí mismas, y esa era una cualidad que Layla criticaba a mansalva. Quien las conociera a fondo no podría realmente asegurar que son madre e hija, aunque los rasgos físicos eran más que delatores.

Platicaron durante largo rato, con la vieja TV encendida, haciendo ruido de fondo. Sin embargo, Samanta no le prestaba atención al aparejo desde que vio su fotografía aparecer en las noticias de último momento. Para esa altura de la semana, la policía, todo el vecindario, sus amigos y otros familiares, a los que casi nunca veía, la estaban buscando. Sin embargo, Samanta era más que consciente de que, por el momento, no había nada que pudiera hacer para cambiar la situación...nada más que aprender a controlarse lo antes posible para poder regresar a su hogar.

Luego de beber el chocolate caliente y de comer algunos bollos, la joven sintió que el calor nuevamente habitaba su cuerpo. Le costaba mantener sus sentimientos a raya, eso era cierto...pero la compañía de Maude hacía que todo fuera más fácil.

Para cuando regresó Tristan, la cena ya estaba lista. Layla iba a llegar más tarde, así que Maude separó una porción de espaguetis con estofado para su hija y la dejó enfriar sobre la encimera de la cocina.

—Luego de la cena, iremos con Samanta al bosque —le avisó Tristan a su madre, mientras rumiaba un trozo de pan casero. —Quiero empezar a prepararla para la luna llena.

Maude frunció sus labios por un momento y las arrugas en su rostro se acentuaron, sumándole varios años más. Luego dio la aprobación, asintiendo ligeramente con la cabeza.

—Asegúrate de hacerlo lejos de las trampas —le advirtió a su hijo.

—Recuerda que colocamos nuevas.

—Lo sé —Tristan rodó los ojos hacia un lado. —No nos iremos muy lejos, no te preocupes...

A las diez en punto, Samanta atravesó el umbral de la cabaña por primera vez en el día; se detuvo frente a los escalones de la entrada e inhaló profundamente el aire fresco del bosque, llenándose los pulmones con el delicioso perfume que emanaba del follaje. Al suspirar, su aliento cálido se arremolinó en el aire como finos lazos de seda que se van disolviendo hasta desaparecer por completo.

El muchacho la esperaba sentado en la hamaca del porche. Hacía mucho frío aquella noche y, sin embargo, él llevaba puesto apenas un jersey de mangas cortas, que dejaba ver sus brazos musculosos, y pantalones deportivos de algodón. Samanta se estremeció involuntariamente al verlo, como si fuera ella la que estuviera con sus brazos al descubierto, enfrentando el frío punzante del invierno.

— ¿No tienes frío así? —cuestionó, metiéndose las manos en los bolsillos de la cazadora. Tristan rió.

—Un poco, pero créeme que también se te irá el frío cuando empecemos a entrenar. Quítate la cazadora.

— ¡Estás loco! Me dará hipotermia...

—Verás que no. Yo me encargaré de que entres en calor —le clavó su mirada punzante y una sonrisa maliciosa se formó en sus labios. Samanta enrojeció por completo y rápidamente le dio la espalda para que él no la viera así.

—Vale, me la quitaré —refunfuñó.

Le costó un esfuerzo sobrehumano deshacerse de la cazadora, casi tanto como si tuviera que arrancarse la piel a tirones. Luego de dejarla colgada en uno de los ganchos de la entrada, cerró la puerta de tras de sí rogando que el fino suéter que llevaba puesto alcanzara para resguardarla del frío punzante del bosque. Cuando se giró nuevamente, Tristan la observaba a pocos centímetros de distancia, algo que la hizo sobresaltar.

— ¿Lista? —preguntó él, con aire divertido. Samanta asintió y apartó la mirada. —Entonces vamos...

Capítulo 14

Capítulo 8 - Parte II

Sin previo aviso, el joven licántropo saltó los escalones de la entrada, con increíble agilidad, y empezó a correr en dirección al bosque. Samanta, quien reaccionó un poco tarde, bajó rápidamente los escalones de la entrada y echó a correr detrás de él, siguiéndolo tan rápido como sus delgadas piernas le permitieron.

Tal y como le había sucedido antes, en el remolque, sus ojos se acostumbraron tanto a la oscuridad que podía ver con claridad dónde pisaba y que había delante suyo: las irregularidades del suelo; los troncos enhiestos de los árboles, con sus gruesas raíces sobresaliendo de la tierra; las ramas bajas que se bamboleaban con el viento; incluso los animalitos nocturnos que salían en busca de algo con que alimentarse.

Metros adelante, Tristan se desplazaba tan raudo y ligero que recordaba al batir de las alas de los colibríes, casi imperceptibles a la vista. Atravesaba el bosque como si fuera una ráfaga de viento y sorteaba ágilmente los obstáculos que aparecían en su camino. Le había llevado meses descubrir lo que podía hacer con su nueva condición de semi-humano y otros tantos meses alcanzar ese nivel de agilidad y sutileza. La verdadera ventaja, además, era su extrema agudeza visual: no había un sólo detalle del bosque que escapara a sus instintos.

Samanta intentó con todas sus fuerzas mantenerse a la par del joven, pero le resultaba imposible. Iba al menos veinte metros detrás de él y a una velocidad bastante menor, así que optó por mantener el ritmo lo suficiente como para no perderlo de vista.

Pocos minutos habían pasado desde que abandonaron la entrada de la cabaña, y ya se percató de cuánta razón tenía Tristan.

El calor era insoportable...más de lo que creyó humanamente posible. La blusa que llevaba debajo del suéter se había pegado por completo a su cuerpo por la transpiración, casi como si se tratase de una segunda piel, y su sangre bullía dentro de los músculos cual ácido que derrite todo a su paso. En ese instante la atravesó la ineludible necesidad de arrancarse el suéter y dejarlo tirado, en medio del bosque. Y eso hizo, sin ningún remordimiento, pues su cuerpo estaba en llamas.

No obstante, lejos de ser doloroso, se trataba de un sentimiento nuevo para ella. Descubrió que le agradaba sentir esa ardentía sistémica colmando su cuerpo; era adrenalina pura...era éxtasis. Estaba viva, más

viva que nunca.

Frente a ella, Tristan corría silencioso, a tal punto que ni siquiera se podía oír su respiración. En ningún momento volteó a ver si Samanta lo seguía, no era necesario; su aroma, de un dulzor característico, la delataba.

A medida que se internaban en el bosque, el terreno se volvía cada vez más irregular y difícil de recorrer. Los árboles se agrupaban bien pegados unos de otros, conservando la simetría que la naturaleza les había dado y obligándolos a sortearlos con agilidad. El suelo había endurecido, como si en realidad estuvieran moviéndose sobre rocas cubiertas de tierra, y a cada paso el impacto se sentía fuerte en las piernas de ambos. La oscuridad, sin importar cuánto se hayan acostumbrado a la falta de luz, era penetrante y los confundía. Seguramente, de día, sería un recorrido más ameno. Pero no era momento para pensar en paseos...

— ¡Cuidado! —la alertó Tristan, al saltar una roca que medía al menos medio metro de alto.

Samanta reaccionó justo a tiempo para tomar impulso y saltar. Primero dobló las piernas, luego dio el salto y, apoyando ambas manos sobre la roca, pasó del otro lado como si nada, sorprendiéndose de lo ridículamente fácil que le resultó hacerlo.

— ¡Nada mal para ser una neófita! —la alentó el joven, apenas girando la cabeza para verla.

Un tanto más animada, Samanta apresuró el paso hasta que al fin pudo alcanzarlo. Tristán la espió por el rabillo del ojo y no pudo evitar sentir admiración.

Ella era rápida, demasiado rápida como para haber “nacido” hace apenas unos días; pero así de rápida también era peligrosa y letal, lo suficiente como para poder cargarse contra un licántropo más experimentado como él, y dejarle una herida casi mortal en el cuello. ¿Cómo era posible que ella pudiera albergar dentro de sí a semejante bestia?

— ¿Cansada?

—Sólo un poco —jadeó ella, apretando fuertemente sus puños.

Un hundimiento imperceptible en el suelo la hizo trastabillar y por poco caer al piso. No obstante, siguió corriendo, a pesar de que ya había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaban así, o qué tanto se habían alejado de la cabaña.

Tristan no parecía querer detenerse; de hecho, se lo veía tan relajado que parecía ser una manifestación de su subconsciente. ¿Estaba soñando de

nuevo?

No, definitivamente aquello era real; tan real como el aroma del bosque, o como su respiración agitada. Muchas otras veces había soñado que corría, pero nunca se había sentido así de cansada. En sus sueños, la energía era inagotable y la imagen solía cambiar tan rápidamente que resultaba difícil encontrar una progresión de escenas que tuvieran sentido. Por eso, no estaba soñando.

—Veamos hasta dónde puedes llegar —pensó él, en voz alta. Entonces aceleró, algo que a Samanta le parecía imposible de lograr. No estaba segura de a qué velocidad estaban corriendo, sólo era consciente de que los árboles se habían convertido en un gran manchón de colores oscuros y apagados, como pinceladas de témpera sobre un lienzo negro. Empezaban a dolerle las plantas de los pies por la fricción con el calzado y le costaba respirar con regularidad, pero aún así se impulsó hacia adelante y apretó el paso.

Sin embargo no fue suficiente. Tristan corría tan rápido que logró perderse de vista; era como si, de repente, hubiera sido tragado por la tierra.

Intentando mantener el ritmo, Samanta avanzó pocos metros más en la dirección que creyó haberlo visto tomar, pero ya era muy tarde: había perdido por completo su rastro, y ni siquiera la agudizada visión nocturna le ayudaría a encontrarlo. Entonces clavó los pies en el suelo y se detuvo por completo. Tomó una bocanada de aire fresco, de ese que olía a pinos y hierbas silvestres, y dejó que sus pulmones lo expulsaran a raudales por su boca en un vago intento por recuperar el aliento.

— ¿Tristan? —quebró el silencio nocturno; la garganta le ardía como si hubiera tragado hielo seco.

Miró a un lado y a otro, pero no había señales del muchacho, y lo único que escuchaba a su alrededor eran los latidos anárquicos de su propio corazón. Repitió su nombre, pero no obtuvo respuesta alguna, solo silencio y algún que otro grillo merodeador respondiendo a su llamado.

— ¡¿Tristan?! —vociferó, esta vez desesperada. Él no contestó.

Completamente aturdida, la muchacha se llevó una mano al pecho y apretó los ojos con fuerza. Estaba demasiado agitada y la falta de aire se manifestó con una fuerte punzada en su costado izquierdo. La sangre, latiendo fuertemente en su cabeza, le impedía pensar con claridad.

De repente, todo a su alrededor se volvió nebuloso, como si le hubieran cubierto la cabeza con un velo negro. La imagen del bosque, aquella que le recordaba al día en el que todo comenzó, iba y venía como la señal difusa de una televisión antigua. La adrenalina, que hasta entonces corría

por sus venas, se transformó en un pánico que la paralizó por completo.

Aavanzó torpemente hacia el árbol más cercano y recargó su espalda en éste, luchando contra la indeseada sensación del desmayo. Se sentía indefensa, algo que le recordó que, por más que tuviera sangre licántropa fluyendo por sus venas, seguía siendo tan humana y mortal como antes.

“Él no puede estar tan lejos” se dijo a sí misma, intentando calmarse. “Pronto se dará cuenta que no estoy y volverá por mí...si, eso hará”.

Pero el muchacho la esperaba quieto y agazapado entre las ramas de un olmo, al que había trepado sin ninguna dificultad. Se sintió un tanto apenado por esconderse, pero necesitaba estudiar sus movimientos y su forma de reaccionar ante determinadas situaciones. Y francamente no le gustaba nada lo que veía, o más bien lo que percibía en ella.

Incluso bajo la tenue luz de la luna colándose débilmente entre las ramas de los árboles, pudo notar la expresión de terror contorsionando su rostro. Además, su aroma había cambiado por completo: su piel destilaba miedo, un miedo tan fácilmente detectable que era incluso peligroso.

El tiempo corría, sin lugar a dudas, raudo y amenazante. La próxima luna llena estaba a la vuelta de la esquina y ella estaría a prueba, por lo que la necesidad de que aprenda a dominar su cuerpo y su mente era primordial.

“Tienes que calmarte.” pensó para sus adentros. “Tienes que controlarlo, Sam, por favor...”

Finalmente la vio relajarse, aunque no por completo. Se había sentado al pie del árbol y cerrado sus ojos para concentrarse en el resto de sus sentidos. Intentaba oír más allá del crujir de las ramas de los árboles; elevó su pálido rostro e inhaló profundamente. Hasta parecía que había logrado captar su aroma.

Habían pasado pocos minutos, pero a Tristan le pareció que de nada serviría seguir extendiendo la espera. Entonces se deslizó por el árbol de manera silenciosa, hasta que sus pies tocaron tierra firme, y volvió a agazaparse entre las sombras.

Se encontraba a menos de dos metros de ella, justo a sus espaldas, lo suficientemente cerca como para oír su suave y entrecortada respiración. Tanteó el suelo con sus manos hasta encontrar una piedra grande y puntiaguda, la asió con fuerza y la arrojó lo más lejos que pudo. Ésta removió las hojas de los árboles a su paso, chocó contra el suelo y rebotó con un ruido seco.

La joven, alertada por aquel ruido, elevó su mirada y la fijó en el punto de donde creyó que provenía. Se incorporó lo más rápido que pudo, recargando su espalda contra el árbol e intentando divisar más allá de lo que sus ojos le permitían. A lo mejor Tristan había regresado por ella...o quizás no. A lo mejor estaba esperándola en otro lugar, lejos de allí, y sólo había sido un animal.

“O un cazador” pensó.

Fuera lo que fuese, un cosquilleo incómodo emergió desde la base de su columna y ascendió por las vértebras, estremeciéndola de pies a cabeza. Aún así ella se cargó de valor y avanzó hacia el lugar donde había escuchado el ruido.

Tristan la siguió cauteloso, cuidando no ser delatado por sus propias pisadas. No podía escuchar los pensamientos de Samanta, pero oía el repiqueteo acelerado de su corazón, su respiración entrecortada y cada vez que tragaba en seco. Su miedo era palpable y eso la convertía en una presa fácil.

Esperó a que ella detuviera el paso y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, dio un salto y la atrapó por la espalda. Samanta gritó y se sacudió violentamente intentando zafarse, pero él le cubrió la boca con la palma de la mano y afirmó su agarre.

—Lección número uno... —Samanta reconoció su voz grave y dejó de forcejear con él, aunque el miedo seguía palpitando con vigor en su pecho. —Si oyes un ruido, jamás vayas al lugar de donde proviene.

Tristan destapó su boca lentamente y ella tomó una bocanada de aire que le reseco la garganta y la hizo toser. Estaba cegada por el miedo y tan aturrida que necesitó aferrarse al brazo del joven para no caerse. Se había llevado el susto de su vida, y así como lo odiaba y quería darle un fuerte puñetazo en la cara, le alegraba infinitamente que estuviera allí.

— ¡Casi me matas de un susto! —le recriminó, soltando su brazo y enfrentándolo.

—Era la idea —admitió él, esbozando una sonrisa burlesca. Sus ojos verdes la escudriñaban de cerca. —Además...de haberse tratado de un Cazador, estarías realmente muerta.

—Lo sé —resopló resignada. Él tenía razón y no podía discutirse.

—No puedes actuar de forma tan irracional Sam —le dijo, con el semblante endurecido. La joven hizo una mueca y clavó su mirada en el suelo, como si se sintiera regañada. —Intentaré enseñarte a agudizar todos tus sentidos pero, para que eso funcione, necesitamos que antes te

focalices en no perder los cabales.

—Lo siento, soy una cobarde —admitió, ofendida consigo misma. Tristan esbozó una media sonrisa y negó con la cabeza.

—No eres una cobarde, es solo que no estás acostumbrada a que algo intente asesinarte cada vez que sales al bosque.

— ¿Acaso tengo que acostumbrarme? —replicó, completamente sarcástica. Él rió y puso los ojos en blanco.

—Pues si, de hecho tienes que hacerlo. Ahora ven, quiero enseñarte algo...

Capítulo 15

Capítulo 8 - Parte III

Tristan la condujo varios metros adelante, en un camino que era cada vez más empinado y difícil de atravesar. A medida que se acercaban al pie de la montaña el suelo se volvía más irregular y las rocas se amontonaban entorpeciendo el paso que, de por sí, ya resultaba complicado por lo resbaloso del sendero. Desviaron hacia la izquierda y siguieron avanzando sobre lo que parecía ser un camino tallado por el paso constante de las personas, tan marcado que a la muchacha le sorprendió no haberse percatado de su existencia antes. Cuando llegaron al cauce de un río, se detuvieron en la orilla. El agua, tan cristalina que podían verse las rocas lisas en el fondo, discurría perpendicularmente a ellos y su sonido recordaba al arrullo de una madre que intenta desesperadamente dormir a su bebé.

Tristan miró pensativo, a un lado y a otro del arroyo. Cuando al fin dio con lo que buscaba, se giró hacia Samanta y le indicó el camino con un movimiento de la cabeza.

A pocos metros hacia la derecha, un árbol vetusto se erguía con orgullo sobre la tierra fértil. El tronco era tan ancho que se necesitaban cuatro adultos tomados de las manos para rodearlo; las raíces ya no reconocían límite alguno: emergían desde el suelo cual tentáculos escurridizos, serpenteaban por fuera y volvían a meterse en la tierra como si tuvieran vida propia. Sin embargo, por más imponente que pareciera, sus ramas estaban completamente desnudas y se elevaban en el aire como falanges largas y deformes, dejando entrever el cielo borrascoso sobre ellos. Lo único que le daba algo de "vida" a ese tronco ceniciento, era el musgo verde cubriendo aquellas partes donde aún llegaba la humedad.

De frente al árbol, Tristan posó las manos sobre el tronco y luego se inclinó levemente hacia adelante para examinarlo, buscando algo en él. A sus espaldas Samanta barría el lugar con la mirada.

—Aquí está —afirmó el joven; su dedo índice señalaba algo que Samanta no podía distinguir y que alimentó su curiosidad. —Mira, acércate.

La joven se aproximó y agudizó la vista en ese punto. Al principio le pareció que se trataba de vetas en la madera del tronco, pero luego se percató de que eran líneas demasiado rectas y cortas, dispuestas de forma paralela. Contó cuatro filas de líneas; la última estaba incompleta.

— ¿Tú hiciste eso? —le preguntó a Tristan. Él negó con la cabeza.

—No...pero creo que sé quién las hizo.

— ¿El hombre lobo solitario?

Tristan no pudo evitar reír al escuchar el apodo que ella le había puesto a su "amigo" nómada y asintió una vez con la cabeza.

—Creo que fue él y que ésta era su forma de contar los días que pasaban hasta la llegada de la luna llena.

— ¿Cómo puedes estar seguro de eso? —inquirió la muchacha, acariciando ligeramente las marcas con la yema de sus dedos.

—Descubrí este lugar hace algunas semanas. Habían pasado meses desde que dejé de oír su voz en mi cabeza, pero pude percibir su olor en esta parte del bosque. Se ve que estuvo viviendo aquí durante mucho tiempo...encontré restos de fogatas y huesos animales. Pero poco a poco su esencia se desvanece y no he logrado encontrar un rastro lo suficientemente fuerte como para seguirlo.

— ¿Cómo haces eso?...Digo, lo de seguir un rastro —Tristan la miró y curvó ligeramente sus labios.

— ¿Has tenido un perro alguna vez?

—Mmm...si, pero fue hace mucho, cuando era niña.

—Bueno, los perros poseen un olfato tan desarrollado que pueden oler a sus dueños incluso a kilómetros de distancia. Por esta razón, se los suele ver pegados a la puerta antes de que esa persona llegue a la casa.

—Es cierto. Recuerdo que mi perrita se sentaba sobre la alfombra y se ponía como loca minutos antes de que mi padre regrese del trabajo.

—Exacto —asintió. —De la misma forma que pueden oler a sus dueños, reconocen y guardan esa esencia en su memoria; pueden llegar a captar si esa persona estuvo con otra, o con otro perro, porque sus aromas se entremezclan —hizo una pausa para humedecerse los labios. —Nosotros funcionamos de la misma manera. Si bien no somos perros, tenemos genes cánidos y compartimos muchas de sus características. Incluso, llámale evolución si quieres, pero muchas de nuestras habilidades superan a la de los perros.

— ¿Por eso podemos ver en la oscuridad?

—Exacto —Tristan se separó del árbol y elevó su mirada al cielo, donde las densas nubes parecían no querer dar tregua. Sin embargo, su instinto le decía que no llovería de nuevo esa noche. —Nuestros sentidos son más agudos que los de los humanos. Podemos oír a kilómetros de distancia; correr a grandes velocidades sin cansarnos; presentimos la amenaza así como percibimos el miedo de una persona o animal. Son muchas las habilidades que tenemos y, poco a poco, vas a ir descubriéndolas.

—Así que somos como los perros... —susurró ella, entrecerrando sus ojos pensativa.

—Si...bueno, casi. Nosotros no andamos por la vida olfateando el trasero de los demás.

Samanta soltó una carcajada que resonó en el bosque taciturno y contagió de forma inevitable a Tristan. Durante algunos segundos, aquel bosque avezado al silencio se pobló de sus risas y volvió a la vida. Una ráfaga de viento removi6 las hojas secas, ya prácticamente hechas añicos en el suelo, y las ramas del árbol se bambolearon de un lado a otro, como si el bosque también riera con ellos.

—Reír te sienta bien —señaló él, ladeando el rostro con curiosidad. Era la primera vez que la veía de esa forma, tan alegre y con un brillo particular en sus pupilas. —Cuando ríes, se te empequeñecen los ojos y se te marcan los hoyuelos.

— ¿En serio? —Samanta sintió que el rubor de sus mejillas se intensificaba y cubría toda su tez de la misma forma que el fuego arrasa con un campo de pastizales reseco. Soltó una risa bobalicona, de esas que se le escapan cuando se pone nerviosa o se siente intimidada, y escondió el rostro entre sus manos. —Hace tiempo que no me reía así.

—Hace tiempo que nadie se reía de mis estupideces —admitió Tristan, enarcando una de sus pobladas cejas y sonriendo con picardía.

Samanta lo espiaba entre los espacios que conformaban sus delgados dedos, incapaz de sostenerle la mirada durante más de un segundo. Había algo en sus ojos que la inquietaba; algo escondido detrás de esos orbes, tan verdes como el musgo adherido al árbol, que ahuyentaba su mirada de la misma forma que se repelen dos campos magnéticos. Sin embargo, era precisamente eso mismo lo que también le atraía. Eran esos ojos y la forma en que la miraban; era su sonrisa y el sonido de su voz reverberando en el bosque. Era su perfume, su esencia, esa que podía percibir incluso en sus sueños. Sentía que podía confiarle la vida entera a ese chico que apenas conocía; quizás era porque compartían la maldición, o porque él la entendía y prometió protegerla; y ella, tan ingenua, le creía

y se aferraba fuertemente a esa ilusión.

Tristan avanzó otro paso hacia ella y tomó sus manos para descubrir su rostro ruborizado. Nuevamente percibió su nerviosismo: exudaba por los poros de su piel y se entremezclaba con el aroma de su perfume. El viento soplaba lentamente y arrastraba consigo esa fragancia tan peculiar y atractiva como el néctar de las flores que seduce a las abejas. De esa forma, sin siquiera notarlo, Samanta tentaba a los predadores más voraces y los guiaba hacia ella.

—Eres una presa fácil —zanjó, manteniéndola aferrada por las muñecas.

— ¿Q...Qué? —inquirió Samanta, completamente confundida y alarmada. Los ojos verdes de Tristan se habían incrustado en ella.

—Puedo oler tu ansiedad...—musitó. —Puedo sentir cómo se aceleran tus pulsaciones —ajustó apenas el agarre sobre sus muñecas y luego la soltó lentamente, sin separarse del todo. —Puedo oír el aire acumulado en tus pulmones, lo estás conteniendo ahora mismo. Debes aprender a pasar desapercibida, Sam, a controlar esas emociones que te vuelven tan...transparente.

—No sé cómo hacerlo—se defendió, desviando el rostro y mordiéndose con fuerza el labio inferior. Estaba completamente abochornada. —Eres tú...—admitió —me pones demasiado nerviosa.

— ¿Nerviosa? —Tristan rió y movió su cabeza en negativa. — ¿Por qué te pongo nerviosa?

—No...no lo sé ¿Ok? —la joven se apartó rápidamente, regresando su atención hacia el álveo. Aún de espaldas a él, podía sentir como su mirada penetrante la recorría de pies a cabeza.

—Vale, vale, no te sulfures.

—Quizás si dejaras de ser tan...

— ¿Tan?

Samanta se volvió hacia él y resopló exasperada.

— ¡Tan invasivo!

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que...no estoy acostumbrada a que alguien me esté mirando tan de cerca, como si fuera un bicho raro —el muchacho soltó

una carcajada.

— ¿Qué cosas dices? Si no me pareces un bicho raro...

— ¿Entonces qué tanto miras? —cruzó los brazos sobre su pecho y le devolvió una mirada desafiante.

—Te miro porque me pareces guapa —respondió él, con total naturalidad. Samanta enardecía por dentro.

— ¡Oh! Eso mejora más las cosas —graznó con sarcasmo. Pero sus labios, lejos de emitir determinación, dejaron escapar un hilo de voz aguda que la hacía quedar como una completa idiota. Se sentía como un pequeño pajarillo intentando hacerse pasar por un halcón rudo y estoico.

—Escucha, Sam —suspiró el joven, intentando recuperar su porte serio.
—No fue mi intención incomodarte. Lo siento.

—Descuida —susurró ella, apartando la mirada.

—Volvamos a la casa ¿Si?...ya se hizo tarde y mañana tengo cosas que hacer. Volveremos a la noche y empezaremos a entrenar en serio.

—Está bien —asintió, completamente avergonzada. Él le regaló una sonrisa libre de preocupaciones.

—Intenta memorizar el aroma de este lugar, quiero que sea nuestro punto de encuentro de ahora en más.

—Lo intentaré.

Samanta cerró por un momento sus ojos y concentró todos sus sentidos en el paraje que los rodeaba. El sonido susurrante del arroyo; el olor del musgo y de la madera resquebrajada del árbol; incluso el clima se había vuelto más fresco y húmedo por el correr del agua, a pocos metros de distancia. Una vez que fijó aquellas sensaciones en su memoria, retomaron su camino hacia la cabaña.

Las pocas nubes que habitaban el cielo se habían disuelto, dejando a la vista un manto de pequeñas y lejanas estrellas que salpicaban el firmamento. De haber sido una noche de verano, Samanta podría haberse detenido para admirar el paisaje, o entablar alguna de esas conversaciones que no tienen un fin en específico más que la distracción. Sin embargo, el calor había escapado lentamente de sus músculos y, cuando quiso darse cuenta, estaba tiritando de frío.

Tristan no tardó en percatarse del temblor en su cuerpo y de la forma en que sus labios, normalmente rosados, habían adquirido un color violáceo y

mortecino.

—Ya falta poco —la animó, acortando la distancia para rodearla con su brazo derecho y atraerla hacia su cuerpo.

Ella le regaló una sonrisa silenciosa y apartó la mirada. Se sentía demasiado a gusto entre sus brazos y temía admitirlo. El calor de su cuerpo la envolvía y arrullaba dulcemente, cargándola de una hermosa sensación que palpitaba con vigor en su pecho. Ya se había dado cuenta de que Tristan le gustaba, le gustaba aunque poco lo conocía. Y esa atracción era como un arma de doble filo: podía salvarla, como podía acabar dolorosamente con su vida.

La cocina estaba completamente a oscuras y desolada cuando sus pies descalzos lo arrastraron hacia la nevera.

Habían pasado exactamente quince minutos desde que se había despedido de Samanta desde lo alto de las escaleras del sótano. Al ver su rostro por última vez, lo atravesó una punzada de dolor en el pecho. Él sabía perfectamente lo que era estar encerrado entre esas cuatro paredes; conocía el dolor y la desesperación en carne propia al llevar la cuenta regresiva de cuántos días faltaban para la primera luna llena y saboreaba el temor de aquella primera vez con cada recuerdo que revivía en su mente. Recuerdos...todos aquellos, tan imborrables como cicatrices en la piel; lo bombardeaban y mortificaban su alma.

Por ese, y muchos otros motivos, sentía la incontenible necesidad de alivianar ese peso en Samanta, de salvarla de esos demonios que la perseguirían por el resto de sus días.

Más el problema no eran sólo los demonios, aquellos que habitan en cuerpo y mente de cada persona; sino también los Cazadores. Ellos eran asesinos tan despiadados como los mismos licántropos. Acuchillan, apuntan y disparan contra cualquier infectado con la maldición de los Lycans. Lo harían incluso contra sus propios seres queridos, pues una vez que la maldición corre por tus venas, solo la muerte puede salvarlos.

“No dejaré que le hagan daño” se prometió a sí mismo, recargando las

manos sobre la helada mesada de mármol.

Pero sus propios pensamientos se desvanecieron en el momento en que percibió una conocida esencia, allí, a pocos pasos de distancia.

— ¿Cuánto tiempo más planeas espiarme, hermana?—dijo sin siquiera voltearse.

Ella se sobresaltó, aunque no emitió sonido alguno.

—El tiempo suficiente como para asegurarme de que estás a salvo —Layla emergió de entre las sombras; la tenue luz, que se colaba por los cristales de la ventana, apenas alcanzaba a iluminar su rostro de finas facciones, pero Tristan la veía con tanta claridad como si la luz del sol diera de lleno en la cocina.

—Estoy a salvo, no debes preocuparte —retomó su rumbo hacia la nevera, la abrió y sacó la botella de jugo de naranja para servirse un vaso. —Ya no soy un niño al que debes cuidar —le reprochó, dándole la espalda.

—No dejas de ser mi hermano menor...

—Y tú no dejas de ser una entrometida. Así que deja de meterte en donde no te llaman.

Layla despegó los labios y lo observó, completamente pasmada y dolida por su comentario. Ella sólo se preocupaba por él; se preocupaba porque andaba merodeando por el bosque con esa asquerosa chica-lobo.

—Pues discúlpame por preocuparme por ti —sentenció sarcástica, mirándolo con expresión de pocos amigos. —Los vi cuando regresaban del bosque.

Tristan se giró hacia ella y la escrutó con la mirada. No necesitaba preguntarle qué tanto había visto o qué conjeturas había sacado al verlos; la conocía demasiado como para saber qué es lo que pensaba.

—Lo sé, percibí tu aroma mucho antes de llegar a la casa —ella había estado allí, justo en la entrada, esperando a que regresen. —La próxima vez, intenta no usar tanto perfume.

Su hermana apretó los labios con fuerza y contuvo un insulto que atentaba con desgarrarle la garganta.

—No deberías encariñarte con ella —musitó fríamente, como si estuviera hablando de un perro con sarna que se encontraron en la calle. —Dudo mucho que pase la prueba. Y si no lo hace, sabes que tendremos que

entregarla.

—No digas estupideces. Ella va a estar bien, yo me encargaré de eso.

— ¿Ah sí? Pues eso espero, porque no dudaré en jalar del gatillo.

Tristan apretó con fuerza el vaso en su mano y la miró desafiante. Ella le dio la espalda y se marchó, con su cabello oscuro bamboleándose sobre sus hombros.

“No dejaré que le hagan daño” repitió.

Capítulo 16

Capítulo 9

Horas, minutos, segundos...son todas medidas de tiempo. En la escuela te enseñan que una hora equivale a sesenta minutos, lo que es igual a tres mil doscientos segundos. Parece todo muy simple y meticulosamente calculado ¿Verdad?

Sin embargo, las horas en la cabaña llevaban su propio ritmo, uno incalculable e impredecible, uno que transgrede cualquier ley científica existente.

Las mañanas solían transcurrir rápido. Entre quehacer y quehacer, los minutos se desperdigaban en el aire mientras Samanta ayudaba a Maude con la limpieza o a preparar la comida. No obstante, luego del almuerzo, el tiempo se detenía y dejaba de fluir; las horas parecían hechas de goma de mascar, pues se estiraban y se estiraban, volviéndose cada vez más difíciles de rumiar. Así transcurría el tiempo durante la semana, muy diferente a cómo lo hacía los fines de semana.

Los sábados y domingos eran los únicos días en los que la familia entera se reunía. Tanto Tristan como Layla tenían franco de sus respectivos empleos; las compras fueron hechas durante la semana y no había otro motivo aparente para salir del lugar, al menos no para la mayoría.

— ¡Llévate un abrigo! —gritó Maude desde la cocina.

Layla ya estaba con medio pie fuera de la cabaña. Estiró su mano, cogió la cazadora del gancho sobre la pared y salió a toda prisa.

Estaba sumamente callada, más de lo normal, y su actitud indiferente parecía cargarse con rencor cada vez que se cruzaba con Samanta. Además, aquella mirada adusta se había transmitido también hacia Tristan, como si se hubiera contagiado con una rara patología.

Él sabía perfectamente que la conducta de su hermana estaba ampliamente relacionada con la última charla que tuvieron; sin embargo, no dijo nada cuando su madre le preguntó si estaba todo bien entre ellos, o cuando Samanta le expresó lo incómoda que se sentía en presencia de la mayor.

“No le hagas caso. Ella es así con todo el mundo. De hecho, me sorprende que hasta tenga amigos” le dijo a Samanta, mientras la ayudaba a

recoger los platos sucios de la mesa.

“¿Y tú? ¿Tienes amigos?” indagó la muchacha. La vida de Tristan era una gran incógnita para ella, pero no se atrevía a preguntar más al respecto.

“Claro que sí. Te los presentaré cuando todo esto acabe” le aseguró, sonriendo.

Cuando todo esto acabe...

El hecho de que Tristan tuviera tanta fe en ella le daba ánimos; no obstante, ella no era tan optimista. Faltaban tan sólo dos días para la luna llena y eso la ponía por demás nerviosa. Se sentía como un prisionero al que van a ejecutar; uno que espera pacientemente en su celda mientras el mundo gira a su alrededor. Él también gira en ese mundo, nada está completamente quieto; pero sabe que, en pocos días, su mundo dejará de girar y morirá con él.

Resulta difícil pensar en la propia sentencia de muerte, más cuando no elegiste esta vida que te tocó vivir. Un ladrón, un asesino, un terrorista, todos ellos eligen su propio destino, saben que la muerte les pisa los talones en cada asalto que dan. Pero, para ella, la situación era muy distinta: su vida y su destino fueron cruelmente manipulados. Así pues, mientras el mundo giraba a su alrededor, Samanta sabía que tenía las horas contadas.

— ¡Sam!

Tristan llamó su atención por tercera vez en la noche. La joven elevó la mirada y exhaló una bocanada de aire. Su corazón no dejaba de latir con fuerza y su cerebro había entrado en una suerte de “modo avión” que aletargaba todos sus sentidos.

— ¡Lo siento! ¿Puedes repetirlo? Me distraje...

El muchacho, resignado, cerró por un momento los ojos y se armó de paciencia.

—Decía que intentaremos de nuevo con la telepatía ¿Vale? —ella asintió atolondradamente.

Durante esos días, también habían trabajado arduamente para fortalecer tanto su cuerpo como su psiquis.

Los avances a nivel físico eran fácilmente comprobables: su contextura alfeñique comenzaba, poco a poco, a tornarse fuerte y tonificada. También había adquirido una agilidad impecable, como la de un guepardo que arremete contra una de sus presas, y sus reflejos eran realmente

encomiables. Sin embargo, no sabían qué sucedería con su humanidad una vez que se haya transformado.

Pero Tristan tenía una idea...una idea que podía llegar a ser tan lógica como absurda.

—Lograr ese contacto es imprescindible —continuó el muchacho. —Ya que, si lo logramos, podría meterme en tu cabeza durante la transformación y buscar la forma de calmarte, de... despertar a tu parte humana.

Samanta frunció los labios y miró al piso. Sus zapatillas, completamente embarradas, se habían desgastado tanto que la suela empezaba a despegarse del resto de la tela. Ella temía que eso mismo pase con su parte humana: que la bestia logre desgastarla al punto de ser completamente desechable e inservible.

—Faltan sólo dos días para la luna llena, Tristan —reconoció, completamente pesimista.

—Lo sé, pero has avanzado mucho en estos días. Tus habilidades se desarrollan increíblemente rápido, más de lo que lo hicieron las mías.

—Eso es porque eres un gran profesor.

Tristan soltó una risa ligera que se elevó en el aire del bosque hasta desaparecer entre las ramas de los árboles.

—No es eso, Sam. Es que aprendes rápido y comprendes siempre lo que te digo, aunque sea un asco intentando explicarte.

—No eres un asco...

— ¡Vamos! Sabes que es verdad. Además, de alguna forma tu cuerpo reconoce y graba en su memoria biológica todo mucho más rápido que otras personas que he conocido. Seguramente antes... —inclinó la cabeza hacia un costado, dando a entender que se refería a aquella lejana y a la vez presente época en la que Samanta era cien por ciento humana —eras de esas personas que retienen la información sin necesitar que alguien se las repita.

—Quizás —la joven entornó los ojos y se sonrojó completamente.

Él había dado en el blanco... ¿Cómo era posible que siempre adivinase esas cosas sin que se las dijera?

—Como sea, la cosa es que debemos intentarlo. Y si no es hoy, entonces

será mañana.

Tristan avanzó un paso y la tomó de las manos. Los dedos de Samanta, largos y delicados, estaban tan fríos que parecían hechos de mármol, así que los frotó suavemente, para intentar calentarlos. Pronto la fricción logró su cometido y los dedos de la joven recuperaron la temperatura normal de su cuerpo. Pero cuando Tristan soltó finalmente sus manos, la falta repentina de calor la hizo estremecer.

Aunque le diera vergüenza admitirlo, el contacto físico con Tristan le agradaba. Quizás porque era un sentimiento completamente nuevo para ella. Era como quien prueba un delicioso platillo por primera vez y lo saborea como si nunca hubiera existido nada que se le pareciera antes.

—Cierra los ojos —le pidió él, trayéndola nuevamente a la realidad.

Ella obedeció y, a la vez que cerró sus ojos, dejó caer los brazos a los costados de su cuerpo.

Tristan la imitó, porque solo cerrando los ojos era capaz de alcanzar tales niveles de concentración.

Intentaba encontrar la forma de conectarse con ella a la distancia, de la misma manera que lo hizo con el hombre lobo solitario de las montañas. Pero quizás el problema era que él no tenía nada de especial, y aquel licántropo era el capaz de hacer cosas inimaginables.

“No puedo hacerlo” pensaba para sus adentros, mientras presionaba fuertemente la mandíbula. “¿Por qué no puedo hacerlo?”

Recordó entonces cómo era la sensación cuando se establecía la conexión entre sus mentes. En realidad no sentía nada extraño; ni siquiera tenía que forzarlo. Simplemente la voz grave de aquel ser aparecía en su cabeza.

“¿O era mi imaginación?”

“No lo es...”

Tristan abrió los ojos de par en par, y su sobresalto llamó la atención de Samanta.

— ¿Qué?... —inquirió ella, dubitativa.

—Está aquí...

— ¿Quién está aquí? —se sobresaltó. Pero Tristan la tomó firmemente por

los hombros y, mirándola a los ojos, lanzó una advertencia.

¿Cómo no pudo percibirlo antes?! Esa esencia en medio del bosque...esa era SU esencia. La esencia del Nomen Nescio.

Las ramas de los árboles se movieron a sus espaldas y ambos voltearon rápidamente. Tristan, con su espíritu protector, se interpuso entre la nada misma y Samanta, cubriéndola a sus espaldas.

Entonces, como si pareciera emerger de las mismísimas tinieblas, apareció la figura de un hombre corpulento, de hombros anchos y dedos alargados cual garras, avanzando hacia ellos.

—Tranquilos —musitó calmadamente, pues sabía que no era bienvenido.

Samanta lo espió por encima del hombro de Tristan y casi se horroriza ante la imagen, pues no era ningún hombre común ni corriente; tampoco era un lobo...era como una especie de híbrido entre ambos seres. Sus ojos, de un azul intenso, reflejaban la luna llena como si ésta existiera dentro de sus pupilas; tenía la barba enmarañada y patillas súmamente crecidas a los costados de su mandíbula rectangular. Sus manos en realidad si tenían garras, no era simplemente el efecto de la oscuridad: eran dedos de largas falanges, con uñas gruesas y puntiagudas, de un color amarillento y sucio. Llevaba el pelo corto y enmarañado, y en él podían notarse algunos vestigios de vejez asomándose despiadadamente. Su cuerpo semi-desnudo estaba completamente marcado como el de un atleta profesional, y apenas arropado por unos pantaloncillos cortos que recubrían menos superficie de piel que los tatuajes en sus brazos.

— ¿Quién eres? —demandó Tristan. El hecho de habérselo cruzado un par de veces no era suficiente para confiar en él. De hecho, existían pocas personas en las que el joven confiaba plenamente, y aquel desconocido no era el caso.

—Me llamo Syrus —se presentó finalmente, hablando con total tranquilidad. —No vine a haceros daño.

Pero Tristan olía la dominación en él, y eso no le gustaba nada.

—Atrás —manifestó, completamente estoico.

Syrus esbozó una sonrisa socarrona que dejó entrever unos colmillos gruesos y punzantes, pero aún así le hizo caso y detuvo su avance. Sus ojos azules recorrieron a uno y luego al otro, hasta que finalmente se fijaron en Samanta.

—Interesante lobezna —expresó sin miramientos. Tristan lanzó un gruñido que hizo vibrar su pecho. — ¿Estáis entrenando, verdad? ¿Intentáis

comunicarte con su mente?

—Eso no te incumbe —respondió el joven, completamente reacio.

—Tristan... —le reprochó Samanta, cual madre que regaña a un niño maleducado.

Sin pensarlo demasiado, lo esquivó y dio un paso al frente, cargada de una valentía que no creía poseer. Después de todo, ellos eran dos contra uno.

—Mucho gusto, Syrus. Me llamo Samanta y él...bueno, ya sabes quién es —el mayor asintió, enarcando ambas cejas con picardía. —Entrenamos porque pronto será la luna llena y debo aprender a controlar mis instintos.

—Con que sois una bisoña.

— ¿Una qué?

—Bisoña...o neófita, como a vosotros les gustéis llamarse.

La joven asintió con un ligero movimiento de la cabeza. La forma de hablar del hombre le llamaba mucho la atención, aunque no tanto como su aspecto físico. Era como si un hombre y un lobo se fusionaran en una misma criatura, sin llegar a ser más de una que de la otra.

Syrus percibió la atención de la joven y decidió avanzar nuevamente hacia ella, hasta encontrarse apenas a centímetros de distancia. La bisoña, tan tranquila como pudo, permaneció estática y lo observó desde su corta estatura. El recién llegado se inclinó levemente hacia adelante y con su nariz rozó el cabello rubio de la joven, mientras inhalaba profundamente su aroma.

—Hueles a recién nacida —rió, apartándose nuevamente. Samanta, quien para entonces ya estaba roja de vergüenza, bajó la mirada. —También hueles a poder. Creo que serías una excelente Beta.

—Ah no, nada de eso. Aléjate de ella, pervertido —saltó nuevamente Tristan. Samanta lo miró desconcertada.

— ¿Una beta? —inquirió confundida. Syrus soltó una carcajada.

—Así se le dice a la pareja del macho Alfa en la jerarquía de los lobos —le explicó Tristan, clavando su mirada acusadora en Syrus. —Y, por lo que percibo, tú eres un macho Alfa.

No podía ser de otra manera. Sus características físicas; su fuerte olor a dominación y las posibilidades de haber desarrollado un poder más allá de lo imaginable lo delataban.

—Lo soy—admitió, sin demasiados miramientos. —Y es por eso que he venido hasta aquí a buscaros. Si me lo permiten, quisiera explicaros bien de qué va todo esto.

— Explícanos qué quieres, entonces...

Syrus elevó su mirada al cielo y lanzó un suspiro cansino. No tenía ganas de lidiar con esas niñadas de cachorro, pero sabía que su visita era indispensable para la supervivencia del resto de la manada. Intentando hacer acopio de una humildad, que para él era inexistente, les explicó la situación que lo llevó a visitarlos.

—He venido a pedirlos que se unan a mi manada —hizo una pausa y observó la reacción en sus rostros. —Un lobo solitario jamás podrá sobrevivir a la adversidad, a menos que se una a un grupo de lobos solitarios y así conformen una jauría —citó las sabias palabras de Farkas, el más anciano de la manada. —He intentado durante largos meses pedirlos esto, Tristan. Hasta que supe de dónde venís. Solíais ser Cazador y eso iba en contra de las normas de supervivencia. Fue entonces que desistí.

Ahora Tristan entendía por qué, de un momento a otro, Syrus había desaparecido de la faz de la tierra. Y tenía razón, en parte, ya que su pasado como Cazador lo marcaba tanto como las cicatrices en su cuerpo. Aún así le costaba confiar en él, por más que lo haya guiado tanto en su proceso de transformación.

— ¿Entonces por qué estás aquí? —insistió el joven, cruzándose de brazos y mirándolo con desdén.

—Por ella —hizo un ademán con su cabeza, señalando a Samanta.
—Porque solo no podéis ayudarla. Y los tres aquí sabemos lo que pasará con ella si tus colegas Cazadores la descubren. Me niego a dejar que un espécimen tan singular se convierta en cenizas.

Tristan y Samanta se miraron por un segundo. Sin decir una sola palabra, pudieron predecir lo que el otro estaba pensando, pues era lo mismo que pensaban desde que la cuenta regresiva se hizo más notable. Así y todo, ninguno de los dos sabía a qué se refería Syrus con lo de “especimen singular”, aunque probablemente tuviera que ver con ese algo especial que Tristan percibía en ella.

— ¿Y cuál es exactamente tu plan para ayudarla? —inquirió el joven, adelantándose un paso hacia él e intentando no flaquear frente a su

impetuosa postura.

—Así como hice con vos, deseo enseñarle todo lo que pueda sobre ser un licántropo. Si me lo permitieseis, os ofrezco acompañaros en la próxima luna llena. Yo si puedo comunicarme con su mente, y quizás hasta pueda encontrar la forma de calmarla.

—No lo sé... —dudó el muchacho. —En primer lugar, rompería las reglas de la familia si llevase a un licántropo desconocido a casa.

—Pues, por lo que he notado ya lleváis muchas reglas rotas —demarkó Syrus.

—Quiero hacerlo —zanjó Samanta, girándose hacia el muchacho. —Quiero intentarlo...solo así podré quedarme contigo.

Sus ojos verdes se cargaron de lágrimas, una mezcla entre desesperación y esperanza. Tristan se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, atrayéndola contra su cuerpo. Era cierto. Solo así la dejarían vivir; y ahora que empezaba a descubrir ese fuerte sentimiento para con ella, no podía negarse a una propuesta tan atractiva.

—Te dejaré hacerlo...con una condición —sin deshacer el abrazo, elevó la mirada y clavó sus ojos punzantes en el hombre.

—Os escucho...

—Quiero que me enseñes a poder comunicarme con ella a la distancia.

—Trato hecho, lo haré. Pero primero lo primero... ¿A qué hora se van las Cazadoras de la guarida?